3713

22

Dos Celosos

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL

TEATRO ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL Y DEL ESTRANGERO.

MADRID.

—

LIBRERIAS DE ESCAMILLA Y CUESTA.

10

DOS CELOSOS,

DRAMA

EN CINCO ACTOS Y EN PROSA,

TRADUCIDO DEL FRANCES

POR

DON ISIDORO GIL.

MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.
1840.

PERSONAGES.

EL CONDE DE MONTEALEGRE, *emigrado español.*
FERNANDO, *su sobrino.*
ENRIQUE LUBERT.
DUPRÉ, *abogado.*
SANTIAGO.
FRANCISCO, *criado de la casa de* ROUBIGNÉ.
UN CAZADOR.
JULIA DE ROUBIGNÉ.
LA MARQUESA, *su madre.*
MARIANA, *nodriza de* JULIA.
JUANITA, *sobrina de* MARIANA.
VALLIER, *comerciante.*
Un joyero.—Un criado del Conde.—Un criado de Vallier.—Aldeanos de ambos sexos.—Modistas.

La escena es en Paris y en sus inmediaciones.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Sala baja de la quinta de Mariana. A la izquierda del actor una gran chimenea. A la derecha un aparador. En el foro, ventana y puerta vidriera que da á un vergel; á la derecha, puerta que comunica con lo interior; á la izquierda otra puerta que conduce á las demas habitaciones de la casa.

ESCENA I.

MARIANA. ENRIQUE. JUANITA. VALLIER. *Aldeanos de ambos sexos.*

Mariana está sentada á la izquierda entre Enrique y Juanita que estan de pie; un poco mas lejos hácia la derecha, Vallier. Detras y colocados en semicírculo los aldeanos. Al levantarse el telon, Enrique entrega un ramo á Mariana.

Mariana. (*Apretándole la mano.*) Te tiembla la mano: qué tienes, hijo mio?

Enrique. Nada, nada. (*Le hace seña de que no puede esplicarse delante de tanta gente.*)

Juanita. (*A Vallier qué quiere pasar.*) Poco á poco, primo; despues de Enrique yo soy la parienta mas cercana y no quiero cederos mi puesto. Tomad mi ramo, con dos besos bien apretados, tia mia. (*La besa.*) Pensaba felicitaros con palabras muy pomposas; pero he reflexionado que el señor Vallier tendrá preparado un discurso en forma.

Vallier. Mucho que sí; y con sus puntos y comas.

Juanita. Ya sé que vuestro fuerte es la elocuencia; y no estrañaré que con el tiempo seais elegido diputado por Gonesse.

Vallier. Volvemos á las andadas! Mandadla callar, señora Mariana.

Mariana. Juanita!

613057

Juanita. Ya cerré mi pico.... Hablad. (*Le cede su puesto.*)

Vallier. Señora Mariana, hoy es un dia....

Juanita. Gracias por la noticia.

Vallier. No me interrumpais, prima; estais insufrible! Digo, un dia feliz, porque hoy es el dia....

Mariana. (*Levantándose.*) Perdona, Bruno; hoy vienen á comer á esta quinta la señora Marquesa y su hija, y tenemos mucho que hacer: hay que poner la mesa en el vergel, disponerlo todo para el baile y arreglar otras mil menudencias.... Dame, pues, tu ramillete y omite el discurso, que no por eso te quedaré menos agradecida.

Juanita. Os dicen que deis vuestro ramo. (*A los demas.*) No hemos escapado de mala! Viva Mariana!

Todos. (*Alargando sus respectivos ramos.*) Viva!

Mariana. Gracias, amigos, gracias. Llevad esas flores al vergel; salid á recibir á la señora marquesa.

Juanita. ¿No viene Enrique?

Mariana. Se queda conmigo para acabar de arreglar las cuentas del arrendamiento.

Juanita. Eso es diferente. (Aqui hay gato encerrado.... y no pararé hasta descubrir el misterio.) (*A Vallier.*) Supuesto que él no viene, dadme vos el brazo.

(*Se lleva á Vallier y se van todos por el foro.*)

ESCENA II.

MARIANA. ENRIQUE.

Mariana. Estamos solos, ya puedes hablar con toda libertad.... La alteracion de tu voz, la agitacion que he notado en tu fisonomia, á pesar de los esfuerzos que hacias para aparecer tranquilo, el cariño con que me has apretado la mano hace un momento, todo, todo me ha llenado de turbacion y espanto.... Vamos, Enrique; dime qué pena te atormenta y si puedo consolarte....

Enrique. Lo que mas me aflige, es el pesar que voy á causaros.... me amais tanto!

Mariana. Oh! sí, te amo.... Y á quien amaria, si no amase á mi hijo, á mi Enrique, mi única alegria, toda mi esperanza? Habla, habla sin recelo.

Enrique. Hace tres dias que debiera haberlo hecho; pero en el momento que iba á hacerlo, me recordabais el cariño que me teneis, la felicidad que esperimentais al verme á vuestro lado.... y yo me detenia y callaba por no afligiros; pero ya no me es dado vacilar.... Armaos de valor, madre mia.

Mariana. Por qué?

Enrique. Es preciso....

Mariana. Qué?

Enrique. Que.... nos separemos.

Mariana. Que nos separemos!

Enrique. Dentro de muy pocas horas.

Mariana. Ha desertado tu sustituto?.... Si no es mas que eso compraremos otro hombre.... Nos quedan algunas tierras: las venderemos; y en último resultado me dirigiré á Julia, y sé á no dudarlo....

Enrique. Es inútil que la hableis de mí: pronto me olvidará; sólo vos os acordareis de Enrique, porque sois la única que me ama.

Mariana. Eres injusto: el Marques y su familia....

Enrique. El señor Marques ha sido muy bueno conmigo, demasiado bueno! acaso á su misma bondad deba yo el ser desgraciado toda la vida.

Mariana. No te entiendo.

Enrique. Me esplicaré. Cuando os dijo: «Mariana, envia tu hijo á mi casa; quiero que se le dé la misma educacion que al mio; habrá estímulo entre los dos y adelantarán rápidamente;» admitisteis esta proposicion con el mayor agradecimiento, enagenada de alegria.

Mariana. Y no tenia motivo para ello? No aventajaste muy pronto á tu compañero Gustavo?

Enrique. Mi compañero el hijo de un marques, de un hombre opulento! compañero mio! Desgraciadamente lo creí asi cuando niño, y estas ideas me inspiraron otra mas descabellada.... Pero ahora debo considerar cuál es mi puesto y no salir de él.... Soy hijo de un labrador y no es en los salones dorados donde debo buscar amigos y mucho

menos.... Cuando me haya distinguido, cuando haya reunido un capital considerable, entonces acaso....

Mariana. Es la ambicion lo que nos separa? Te fastidia la vida modesta y tranquila que llevamos?

Enrique. Sed justa, madre mia: para que me sirven aquí esa instruccion y esos talentos que tanto os complaceis en admirar?.... No es decir por eso que tema ni que mire con desprecio los trabajos de la labranza, pero cuando me entrego á ellos, que solo ocupan mis brazos, en mi imaginacion se cruzan mil pensamientos diferentes.... Pesares, deseos, lo que soy, lo que podria ser.... lo que deberia ser para que mi amor no fuese calificado de locura.... Qué os diré en fin? soy desgraciado; padezco.... y mis padecimientos se aumentan de dia en dia.... Si me quedo.... si me quedo, puedo volverme ingrato, loco, puedo perderme.... porque me perderia si me declarara.... Y me echarian y se reirian de mí!.... Echarme, reirse de mi!.... ah!

Mariana. (*Con asombro.*) Y por qué? (*Despues de una pausa y agarrándole la mano.*) Ah!.... si hubiese podido prever lo que habia de suceder.... no te hubieras separado nunca de mi lado.... (*Llorando.*) Y á dónde vas?

Enrique. A las colonias.

Mariana. Tan lejos!.... preciso será disponer....

Enrique. Todo está corriente, madre mia.

Mariana. Cómo ha sido?....

Enrique. Temia tanto vuestras lágrimas, que habia pensado marchar sin despedirme de vos.

Mariana. Ah!.... nunca te lo hubiera perdonado! (*Agarrándole las dos manos y mirándole con tristeza.*) Dentro de algunas horas.... (*Besándole en la frente.*) Enrique, hijo mio!.... Ah! quién viene! (*Enjugándose las lágrimas.*) Calla!.... basta ya que suframos los dos.... Guardemos por ahora el secreto de tu marcha y sobre todo, el otro.... Procura componer tu semblante para que nadie pueda adivinar lo que en tu interior pasa.

Voces. Viva la señora marquesa! Viva la señorita Julia!

ESCENA III.

DICHOS. LA MARQUESA. JULIA. VALLIER. SANTIAGO. *Aldeanos.*

(*Apenas sale Julia se precipita hácia Mariana, y la ofrece su ramo. Los aldeanos se quedan en el vergel, sin salir á la escena.*)

Julia. Querida Mariana, qué es eso? Estais enfadada conmigo?.... no quereis darme un beso?

Mariana. Sí, sí, hija mia, y con toda mi alma! Perdonad, señora marquesa....

Marquesa. Por qué os he de perdonar? por haberla llamado hija?.... No habeis sido su segunda madre? Espero que Julia se acordará siempre de vos aun mas, si cabe, que yo misma.

Julia. Oh! siempre.

Marquesa. Pero, dónde está Enrique? Estraño no verle cuando ha sido siempre el primero que ha salido á recibirnos....

Mariana. (*Buscándole.*) Hijo mio!.... Enrique!

Enrique. (*Que estaba á su lado.*) Aqui estoy, señora.

Marquesa. Os ocultabais?.... Teneis miedo por ventura de mi hija, y de mí?

Enrique. (*Turbado.*) Señora....

Marquesa. Mi esposo ha sentido sobremanera no podernos acompañar, y me ha encargado que os entregue esta esquela y esta cartera. Me ha participado vuestro proyecto; le aprueba, y no perdonará medio para que le veais realizado cual deseais.

Enrique. No sé, señora, como corresponder á tantas bondades.

Juanita. (*Consigo misma.*) Qué proyecto será ese?

Vallier. Quereis que se lo pregunte?

Juanita. No seais necio?

Vallier. Gracias; podrá sucederme lo que quiera esta tarde; pero lo que es la mañana empieza bien.

Marquesa. Mariana!

Mariana. Señora!

Marquesa. Mientras llega la hora de comer, podemos ir á ver los trabajos que ha dirigido vuestro hijo y sus nuevas praderas artificiales.

Mariana. Como gusteis, señora Marquesa.

Marquesa. Dadme el brazo, Enrique: vamos á admirar vuestras maravillas.... Venís, señor Vallier?

Vallier. Yo.... bien quisiera.... pero es el caso que desearia hablar á la señorita Julia.

Julia. A mí?

Marquesa. A mi hija?

Vallier. No creo contrariarla mucho, porque vino la semana pasada á ver las praderas y tengo que pedirla un favor.

Marquesa. Un favor! en ese caso quédate, hija mia: accedo con mucho gusto á la entrevista, porque deseo complacer á un hombre tan honrado como el señor Vallier.

Vallier. Oh! podeis estar segura de qué la señorita no corre ningun peligro.

Marquesa. Cómo?

Vallier. Nada: una necedad; no es eso lo que....

Juanita. Seguramente; no es eso lo que queriais decir.

Vallier. Prima!

Juanita. Eso es lo bueno que tiene el señor Vallier, lo que dice y lo que quiere decir tiene casi siempre el mismo valor.

Vallier. Volvemos á las andadas!

Mariana. Vamos, Juanita.

Juanita. Sí, si, vamos. (*A Julia.*) Si habiais pensado divertiros, dadle las gracias.... Al diablo se le ocurre iros á incomodar en un dia de funcion.... Hasta mas ver, primo. (*Vánse todos por el foro.*)

ESCENA IV.

VALLIER *y* JULIA.

Julia. (*Con jovialidad.*) Ya estoy pronta á escucharos, señor Vallier; que teniais que decirme?

Vallier. Queria hablaros, señorita (*con misterio*) de una empresa.... de un negocio bastante bueno.... y para el que podriais darme la mano y una gran dósis de consejos.

Julia. Yo?.... Si os he de hablar con franqueza entiendo poco de negocios.

Vallier. Oh! bien sé yo que del que yo digo....

Julia. Esplicaos.

Vallier. Se trata.... se trata.... nada menos que de un casamiento.

Julia. Y á eso llamais negocio?

Vallier. Toma! lo es como otro cualquiera... algo mas arriesgadillo, sin embargo, pero....

Julia. Muy bien.... y con quien quereis ventilar ese negocio?

Vallier. Ah! pues.... de buena gana os diria que lo adivinárais, pero seria dejar dormir el tiempo, y en comercio ese es muy mal principio. El objeto de mi predileccion es Juana Lubert, mi misma prima....

Julia. De veras?

Vallier. Si señorita: mi prima hermana, y como os he dicho ya, hago con este casamiento un buen negocio. Juanita tiene un patrimonio regularcito, el cual unido á lo que yo poseo, me proporcionará los medios de aumentar mi comercio, y de emprender por mi cuenta la fabricacion de azucar de remolacha... Comprendeis todas las ventajas que de aqui se siguen?...

Julia. Desde luego, es cosa que se salta á la vista: es una especulacion escelente... para vos; pero teneis algun dato para creer que á Juanita le parezca lo mismo?

Vallier. Y por qué no?

Julia. Estais seguro de que os ama?

Vallier. Os diré.... seguro.... en este momento no lo estoy, pero es claro, que si tiene buen gusto no habrá el menor inconveniente. Vos misma podeis ser juez en esta causa.

Julia. (*Conteniendo la risa.*) Yo?.... Confieso que no sé que deciros; me habeis dejado confusa.

Vallier. Confusa?.... Ese es precisamente el efecto que la causo, cuando la hablo del particular. No he podido conseguir que se esplique y como tengo mucha prisa....

Julia. Ah! teneis prisa?

Vallier. Solo aguardo su contestacion para cerrar un contrato.

Julia. Otro negocio?

Vallier. Soberbio y seguro.... Una remesa de transparentes de nueva invencion.... en el bolsillo llevo la patente.

Julia. Una vez que teneis ya la patente no queda duda de que Juanita.... Pero aqui viene: ahora mismo hablaremos de ello....

Vallier. De ningun modo delante de mí, porque seria lo mismo que si yo hablara, y ya sabeis el efecto que le causó.

Julia. Teneis razon.

Vallier. Silencio.

ESCENA V.

DICHOS. JUANITA.

Vallier. Eh! eh! eh! Es particular; iba á buscaros y precisamente llegais en el momento en que.... No se puede negar que existen fuertes simpatías entre los dos.... Eh! eh! eh!

Juanita. Simpatías?.... Dejaos de eso, señor Vallier. Mirad que eso de simpatías se os puede subir á la cabeza y vos la teneis tan débil....

Vallier. Qué estais diciendo?.... Disimulad, Juanita, no quiero enfadarme; tengo para ello razones de gran peso.... prefiero irme, tanto mas, cuanto que la señorita Julia tiene que hablaros de un asunto muy sério.

Juanita. A mi?

Vallier. Escuchadla con atencion; dadla una respuesta favorable y.... y.... no os pesará.... Esto es cuanto puedo deciros por ahora. Eh! eh! eh! á Dios prima! á Dios primita!.... á Dios espo.... todavia no, pero no tardaré en llamaros asi: Eh!.... A Dios, á Dios.... eh! eh! eh! (*A Julia.*) Me decido, compro las remolachas. (*Vase.*)

ESCENA VI.

JUANITA. JULIA.

Juanita. Pero que es esto?.... que le ha dado?

Julia. Tiene esperanzas de agradarte y está fuera de sí de alegria con esa idea.

Juanita. Esperanzas de agradarme! Habráse visto un hombre mas testarudo!

Julia. Pues qué no le amas? Vamos, nada receles, hablame con franqueza.

Juanita. No, si yo no recelo nada de él: bien claro le he hablado ya varias veces.

Julia. Entonces es muy estraño que no haya comprendido.

Juanita. Toma, si es tan....

Julia. No tanto como crees. En primer lugar parece que conoce muy á fondo los negocios.

Juanita. Bien, pero en sacándole de ahí es un babieca.

Julia. Ah! Eso es tratarle con demasiado rigor. No me negarás sin embargo que es un buen partido.

Juanita. Un buen partido?

Julia. Seguramente que sí: cuenta con algunos medios, es bastante inteligente en asuntos de comercio.

Juanita. Bien, todo eso está muy bien, pero nada tengo que ver con ello. Allá se las avenga solo con su azucar de remolachas y sus cortinas transparentes.... No le necesito.... (*Con misterio.*) Tengo otro novio mucho mejor que él. Os lo voy á contar.

Julia. (*Riendo.*) Ya te escucho: Parece que hoy me habeis elegido todos para confidente. Vamos á ver. Dices que tienes un novio mejor que el señor Vallier?

Juanita. Cien veces mejor: y no he ido á buscarle muy lejos.

Julia. Quién es?

Juanita. Pues qué, no lo adivinais?... mi primo Enrique.

Julia. Enrique.... y le amas?

Juanita. Eh! mucho lo temo.

Julia. Y.... cres correspondida?

Juanita. Sí, señora. Y si he de deciros lo que siento, creo que su amor es mas antiguo que el mio, y que le atormenta mas que á mí.

Julia. Luego te habrá dicho?

Juanita. Decirme! Ni una palabra... Si es tan tímido.

Julia. Pues si nada te ha dicho, por qué crees?

Juanita. Por una razon muy sencilla... Porque si.... En primer lugar suspira mucho, y eso lo sabe y lo vé todo el mundo; siempre está triste, no para en ninguna parte, habla solo, levanta los ojos al cielo... Si eso no es amor, venga Dios y véalo.

Julia. (*Titubeando.*) Pero bien, aun suponiendo que tu primo ame.... qué pruebas tienes para creer que seas tu la favorecida?

Juanita. Y á quien puede amar sino á mí? Hay ademas una circunstancia que voy á revelaros, pero con la condicion de que no habeis de hablar á nadie de ella, porque no he andado muy cuerda en lo que he hecho. Un dia le seguí á lo lejos... convengo en que no estuvo bien hecho, pero lo cierto es que le seguí. Se encaminó hácia aquel hermoso sauce que está junto al puentecillo, ya os acordareis, aquel que segun dicen se plantó el dia de su nacimiento, grabó en él una cifra con su podadera, y luego que acabó se llevó la mano al corazon, y á la frente con mucha espresion, y en seguida echó á andar otra vez muy pensativo. Entonces me acerqué yo con mucho tiento, y ¿qué direis que vi en el árbol? una *J.* y una *E.* que significa Juanita y Enrique: no cabe la menor duda, porque en toda la comarca no hay otra jóven cuyo nombre empieze con J.

Julia. Si.... es verdad.

Juanita. Ah! si, otro hay.... pero como suponer que Enrique?... Oh! no, seria preciso que estuviese loco.

Julia. (*Turbada.*) Tienes razon.... no puedo creer que Enrique....

Juanita. No, no temais señorita, mi primo conoce demasiado que debe respetar á.... esa persona para atreverse á amarla. La que él amá soy yo, su Juanita; oh! no me cabe duda de que los suspiros, la tristeza, la cifra, las miradas al cielo, en fin, todo aquello era por mí. Ya veis que solo falta que ha-

ya alguna persona que le decida á declararse y para eso es.... para lo que he contado con vos.

Julia. Conmigo!.... muy bien.... cualquiera diria què era una apuesta: el señor Vallier por un lado, Juanita por otro....

Juanita. Os enfadais?.... Perdonad, señorita.... si yo hubiera sabido que eso pudiera causaros enojo... haced cuenta de que nada os he dicho, me voy.

Julia. No, quédate.... no estoy enfadada, pero confieso que me ha sorprendido el que vengan á encargarme á mí.... No reparas que estaria muy impropio que yo fuese á hablar á un jóven de tales asuntos?...

Juanita. Nada de eso: si fuese por interés personal... ya lo entiendo, pero en nombre de otra.... al contrario, os resultará un honor.... Con que vamos, le hablareis, no es verdad?

Julia. Te repito que es imposible.

Juanita. Oh! no me negueis ese favor, y os juro que si Juanita puede seros útil alguna vez, sabrá haceros ver que no tiene un corazon ingrato!... Callais?... Ea, está convenido: voy á enviar hácia aqui á Enrique, y os doy las gracias de antemano.

Julia. (*Llamándola.*) No.... no.... Juanita.... Juanita!

ESCENA VII.

JULIA, *sola.*

Creí cometer una imprudencia!.... la ama!.... al menos ella lo cree.... y yo.... debo creerlo tambien.... Tanto mejor!.... Sí, que la ame.... Que pudiera yo esperar si otra cosa sucediera?.... dos víctimas en vez de una.... Le hablaré y le diré que se case con ella.... que se case pronto.... Ese casamiento es indispensable para mi reposo, para mi dignidad y para la de toda mi familia, á la cual olvidaba yo y hubiera podido comprometer.... Que se case con ella una vez que le ama!.... Sí, es preciso que asi sea.... lo quiero, lo deseo ahora con todo mi corazon!.... lo deseo!.... El viene. (*Enjugándose las lágrimas.*) Oh! no mas lágrimas.... en su presencia al menos, procuraré acordarme de quien soy.

ESCENA VIII.

JULIA. ENRIQUE.

Enrique. Me habeis llamado, señorita?

Julia. Si señor: acaban de pedirme un favor y yo he prometido hacerle, porque tenia la certeza de que complaciendo á la persona que me le ha pedido, trabajaba tambien en obsequio de vuestra felicidad.

Enrique. De mi felicidad?

Julia. (*Esforzándose para sonreirse.*) Cuando menos asi debo creerlo.... Decid, Enrique, podeis comprometeros á contestarme con confianza y sinceridad.... como hablaria un hermano á su hermana?

Enrique. Yo hermano vuestro!

Julia. No ha dicho mi madre, hace un momento que la vuestra tenia derecho para llamarme hija? no me ha encargado que nunca lo olvide?... Bueno será para que no lo olvide que lo recordeis vos tambien... os es esto penoso por ventura?

Enrique. (*Con frialdad y respeto.*) Vuestra afabilidad, hermosa Julia y las bondades de la señora Marquesa, acrecientan cada vez mas el agradecimiento que os profeso y que solo acabará con mi vida.

Julia. (*Con gracia y dominándose algun tanto.*) Os advierto que ahora no se trata de vuestro agradecimiento, sino de que me dispenseis vuestra confianza.... Estais enamorado, Enrique?

Enrique. (*Mirándola con sorpresa.*) Señorita....

Julia. (*Turbándose de nuevo.*) Asi me lo han dicho... y.... yo lo he creido.

Enrique. Os lo han dicho?... Pues bien: os han dicho la verdad.... sí, amo; amo con toda mi alma, con idolatría!... pero á nadie debo revelar este amor.

Julia. A nadie!... ni aun á la que os le inspira.

Enrique. No, no, á ella menos que á nadie.... tal vez tendré mas tarde derecho para declararme pero ahora es imposible.

Julia. Y si su felicidad dependiera de esa declaracion?

Enrique. Qué oigo? (*Viendo la serenidad que ha lo-*

grado demostrar Julia. Aparte.) Ah! me engañaba. Estoy loco!

Julia. Por qué no poneis fin á esa incertidumbre que es igualmente cruel para los dos? por qué no pedis francamente su mano?

Enrique. Su mano?

Julia. (*Esforzándose.*) Sí por cierto: Ese enlace es muy ventajoso; y mi familia se interesará en que se realice, tanto como yo.

Enrique. Vuestra familia, vos!... De quién me hablais entonces, Julia?

Julia. (*Turbándose de nuevo.*) De quién ha de ser? De la que amais, de vuestra prima.

Enrique. De mi prima?... ah! sí, teneis razon, de mi prima.... Bien decia yo que estaba loco.

Julia. No os entiendo.

Enrique. Sí, estaba loco.... Deciais bien, señorita, á quien yo amo es á mi prima, solo á ella puedo y debo amar!... Pobre insensato!... entregué mi corazon y olvidaba á quien!... Gracias, Julia, gracias por habérmelo recordado.

Julia. Enrique, vuelvo á deciros que no os entiendo.

Enrique. Oh! yo sí lo entiendo ahora todo. Soñaba y me habeis despertado; destruyéronse todas mis ilusiones para siempre; á ellas sucederá tal vez en breve mi existencia. Pero vos no teneis la culpa, para mí sois siempre lo que habeis sido, afable, bondadosa, compasiva; qué mas podia pretender un Enrique Lubert de la noble señorita Julia de Rombigné?

Julia. Enrique, ahora conozco que he hecho mal en encargarme.... (*Quiere alejarse.*)

Enrique. Os he ofendido, Julia?... Ah! perdon, perdon mil veces! Nada temais; esta locura cuyo secreto os he dejado penetrar, casi á despecho mio, cesará muy pronto de atormentaros. Voy á imponerme por ella un castigo, y un castigo muy cruel.... Huyo de aqui.... me alejo de vos....

Julia. Pensais en marcharos?

Enrique. Hoy mismo.

Julia. (*Con tono sentido y apasionado á vez.*) Hoy mismo!

Enrique. Antes de esta conversacion el viage que ha-

ra voy á emprender, tenia para mí un objeto grandioso; pero ahora pienso que sea una ausencia eterna, un viage sin mas objeto que el olvido, si el cielo me otorga esta gracia, ó la muerte si no olvido.

Julia. Qué decís?

Enrique. Cuán noble era sin embargo el pensamiento que antes me animaba! Soñaba todavia.... «Has dirigido muy lejos y muy alto, me decia, tus miras y tus esperanzas; pues bien, distínguete, engrandécete por medio de tu trabajo, de tu industria ó de tu valor, y lo que es demencia hoy, tal vez será posible y hacedero mañana.» Me ausentaba con esta idea que entusiasma y anima, con toda la fuerza que dá la esperanza; pero ahora.... ah! ahora... Julia no me concedereis al menos vuestro perdon.

Julia. (*Muy conmovida.*) Enrique!

Enrique. Qué oigo!

Julia. (*Procurando dominarse.*) Señor Enrique!

Enrique. Dios mio! estais conmovida!

Julia. No lo niego, la noticia tan inesperada de vuestra marcha, esa ambicion de un alma noble, ese proyecto tan arrojado y digno de vos!... No renunciéis á él, Enrique; y si para persistir en vuestro designio necesitais la certeza de que no sereis el único en desear su buen éxito, podeis tenerla desde ahora.

Enrique. (*Con energia.*) Es posible? luego soy amado? amado por vos!

Julia. Mirad lo que decís, Enrique.... acordaos de mi familia.

Enrique. Nada temais. (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Este secreto de felicidad y consuelo no saldrá nunca de aqui: solo Dios, vos y yo le conocemos. (*Mirándola estasiado.*) Me amais! vos, hija de una noble casa, hermosa y perfecta cual muger ninguna, vos, bondadosa y pura como los ángeles, descendeis hasta mí para salvarme de la desesperacion... Ah! cómo podré pagaros nunca el beneficio de vuestro amor?

Julia. Creyendo en él, y autorizándome asi para revelar este amor á otro mas que á vos.

Enrique. Podeis hacerlo desde luego, Julia, si lo juzgais necesario; mi amor será eterno y mi confianza

en el vuestro sin límites, os lo juro por mi vida, por toda la alegría que una palabra vuestra puede causar. Me amais!... Ah! ya no sueño ahora, no soy ya un loco, ni es tampoco un viage sin regreso y sin objeto el que voy á emprender!... volveré, Julia, volveré digno de vos. Oh! sí, sí, desde este momento veo desplegarse á mi vista un risueño y feliz porvenir. (*La besa la mano.*)

Julia. (*Retirándola de pronto*) Alguien viene.

ESCENA IX.

DICHOS. VALLIER.

Vallier. (*Sale restregándose las manos.*) Negocio concluido. Compré las remolachas.

Enrique. (*Aparte.*) Salvage!

Vallier. Perdonad si he venido á incomodaros, primo, tenia que hablar á la señorita de un negocio soberbio en el que se trata de ganar nada menos que un cincuenta por ciento.... Qué tal? teneis buenas noticias que darme?

Julia. (*Procurando serenarse.*) Francamente.... no.

Vallier. Os ha encargado que me deis calabazas en su nombre?

Julia. No, pero....

Vallier. Entonces, es decir que me ama.

Julia. Tampoco ha dicho eso.

Vallier. Eso es, siempre la misma, chancitas y nada de formal.... Pues señor, yo no puedo seguir por mas tiempo asi.... entre quiero y no quiero y con un pie en el aire como las grullas. Ya veis que mi posicion no es muy agradable, sobre todo ahora que tengo dos mil quintales de remolachas sobre las costillas.

Julia. Aqui viene mi madre. (*Se dirige al foro para salir al encuentro de la Marquesa.*)

ESCENA X.

DICHOS. LA MARQUESA, MARIANA, *poco despues* JUANITA.

(*La Marquesa y Mariana salen por la puerta de la derecha.*)

Marquesa. Gracias á Dios que os encontramos, señor

desertor; sabeis que es muy poco galante el separarse asi bruscamente de una señora para no oir los elogios que de vos hacia.

Enrique. Señora....

Marquesa. Bien, bien!... Ya sé que sois muy modesto. (*Se encamina hácia el foro hablando con él; Juanita abre la puerta del foro y deja ver una mesa aderezada en el vergel.*)

Julia. (*Aparte.*) Juanita!... qué la diré?

Juanita. Todo está corriente, tia.

Mariada. Voy á ver si habeis olvidado algo. (*Va á examinar la mesa.*)

Juanita. (*A Julia.*) Se declaró?

Julia. (*Titubeando.*) Hum....

Juanita. Qué?

Julia. Vino el señor Vallier al mismo tiempo y....

Juanita. Y no pudo esplicarse?... Maldito hombre! Dios sabe cuando volveremos á encontrar una ocasion como esta! Miradle, miradle como suspira! Quiera el cielo que hable cuanto antes! Ah! si yo en vez de ser ella, fuera él!

Mariana. Cuando gusteis, señora marquesa.

Marquesa. Ahora mismo. Esta es la hora á que acostumbrais comer y no quiero que varieis vuestros usos por mí.

(*Todos se dirigen al foro para sentarse á la mesa y se detienen cuando sale Santiago.*)

ESCENA XI.

DICHOS. SANTIAGO.

Santiago. Señor Enrique, señor Enrique; la diligencia ha llegado á la parada: no os detengais.

Juanita. Qué dice?

Enrique. (*Aparte.*) Lleve el diablo tu torpeza.

Santiago. Donde está vuestra maleta?

Juanita. Pero qué, os marchais?

Julia. (*Aparte.*) Tan pronto?

Juanita. (*A Mariana.*) Es verdad que se marcha? oh! no puede ser.

Mariana. (*Ocultando su emocion.*) Si, hija mia, es

preciso.... va á emprender un viage indispensable!

Juanita. Indispensable! (*Mirando á todos los que la rodean.*) Y todo el mundo lo sabia, y nadie me lo ha dicho?

Vallier. Poco á poco, yo lo ignoraba.

Juanita. Quién habla con vos?

Vallier. Como soy uno de los que componen el mundo.... Ademas si se trata de un negocio....

Juanita. Eso es negocio.... para vos todo está dicho en pronunciando esa palabra.... pero yo no quiero que se marche; lo ois Enrique, no lo quiero.

Enrique. (*Esforzándose.*) Vamos, Juanita, sé razonable.

Juanita. Razonable.... y está puesto en razon que nos abandoneis asi en un dia como este?.... Pero, adónde vais? cuándo volvereis?

Enrique. Dios lo sabe!

Juanita. Dios lo sabe!... lo ois, tia mia!... y le dejais marchar?

Mariana. No te he dicho ya que su viage es indispensable!

Juanita. Indispensable!... es indispensable que abandone asi á su buena y anciana madre? que nos deje á todos llenos de tristeza!... Ah! vamos, eso no puede ser.

Marquesa. Sosiégate, hija mia. Esta separacion es ya harto penosa para Mariana y su hijo, y tus lágrimas solo contribuyen á aumentar su dolor.

Enrique. (*Cogiendo la mano á su madre.*) Madre mia, si es cierto que fuí siempre un hijo cariñoso y obediente, si es cierto que nada he omitido para hacerme acreedor á vuestra estimacion, rogad al cielo que se digne favorecer mis proyectos, y me traiga cuanto antes á vuestro lado. (*Se inclina.*)

Marquesa. (*Abriéndole los brazos.*) Ven, hijo mio, ven aqui, sobre mi corazon.... aqui estan para tí todas las bendiciones y todos los deseos de una madre.... Y Dios los oirá.... Sí, hijo mio, sí, te volveré á ver para bendecirte otra vez como lo hago ahora. (*Se abrazan y lloran.*)

Juanita. (*Llorando.*) Ah! Dios mio, Dios mio! (*A Vallier.*) Y vos, no llorais? No teneis corazon?

Vallier. Pues podia estar sin él.... pero en materia de negocios....

Juanita. Oh! callad, callad; sois un mónstruo!

Santiago. (*Presentándose en la puerta.*) Ya han enganchado, señorito Enrique.

Enrique. (*Arrancándose de los brazos de su madre.*) Voy.... ánimo pues, adios, madre mia.

Mariana. (*Manifestando firmeza y apoyándose en el respaldo de una silla.*) Adios, hijo querido.

Enrique. (*Llevando la mano de la Marquesa á los labios.*) Señora Marquesa.

Marquesa. Espero que consigais vuestro objeto, Enrique.... El cielo es justo y nuestros deseos por vuestra felicidad son tan ardientes como los de vuestra familia.

Enrique. (*Cogiendo la mano á Julia.*) Señorita....

Julia. (*Esforzándose para disimular su conmocion.*) Señor Enrique, ya habeis oido lo que ha dicho mi madre. (*Enrique se detiene y la mira un momento enagenado.*)

Juanita. Qué es esto? Y yo? (*Se arroja en sus brazos.*)

Vallier. (*Meneándole la mano.*) Primo, feliz viage y buena suerte.

(*A este tiempo Mariana se deja caer sobre una silla y se tapa la cara con el pañuelo.*)

Enrique. Madre!

(*Va á lanzarse otra vez hácia ella y Santiago aparece de nuevo en la puerta.*

Santiago. Venid corriendo, señor Enrique.

Enrique. Adios, adios! (*Señalando á su madre.*) Consoladla.

(*Juanita le sigue hasta la puerta, la Marquesa y Julia corren al lado de Mariana, Vallier permanece impasible y como si nada comprendiera de cuanto vé. Oyense los chasquidos de un látigo. Mariana se levanta de pronto como para divisar el carruage á lo lejos y cae otra vez sin fuerza en el asiento.*)

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon amueblado con sencillez. Chimenea á la derecha; á la izquierda una ventana que da á un jardin. Puerta principal al foro, que comunica con un pórtico; á la izquierda al lado de la ventana una puerta que corresponde á lo interior de la casa; cerca de la ventana un gran sillon; al lado de este un velador con papeles y avios de escribir; encima de la chimenea algunos periódicos.

ESCENA I.

JULIA. LA MARQUESA.

(*Al levantarse el telon, aparece sentada la Marquesa en el sillon; está muy pálida y sumamente abatida: Julia escribe á su lado.*)

Marquesa. Has acabado, hija mia?

Julia. Si, señora.

Marquesa. Bien, leeme la carta.

Julia. (*Leyendo.*) «Querida tia: gracias al cielo la salud de mi madre se ha restablecido; sin embargo, no está aun bastante fuerte para escribiros, y me ha encargado que lo haga por ella. Ahora le toca á mi padre que tuvo ayer un fuerte ataque de gota de resultas de las desgracias que en poco tiempo ha esperimentado: completamente arruinado á consecuencia de los pleitos que ha perdido sucesivamente de dos años á esta parte, solo le queda la casa que en el dia habitamos, y tampoco tiene la certeza de poder conservar este modesto asilo, porque aun tiene pendiente otro pleito acerca de su posesion. Vos que tan á fondo conoceis la honradez y generosos sentimientos de vuestro hermano, podeis juzgar lo que padecerá, no tanto por él como por mi madre y por mí, á quienes quiere con idolatria.

A pesar de que no omitimos ningun medio de tranquilizarle, es tan violenta su desesperacion, que nos tiene en un continuo susto.»

Marquesa. Oh! sí, porque Dios sabe á qué estremo podrá conducirle.

Julia. (*Continuando.*) «Voy á contestaros por su órden á las preguntas que habeis hecho á mi madre. Juanita Lubert ha consentido al fin en casarse con su primo el longista y han ido á establecerse á París. Mariana dice que se llevan muy bien, y cree que prosperarán: no los hemos vuelto á ver desde el dia de su casamiento. (*Con alguna emocion.*) El viagero.... del cual nos hablais, no ha escrito hace seis meses: tan prolongado silencio tiene á su madre inquieta y temerosa. En la actualidad no tenemos mas visitas que las de un emigrado español, vecino nuestro, el conde de Monte-alegre; mi padre le ha cobrado mucho cariño, y en efecto merece que se le aprecie y distinga.»

Marquesa. Bien, hija mia; mucho me alegro que le hagas esa justicia.

Julia. (*Continuando.*) «Todos le profesan cariño, y yo le quiero como todos; pero él desea algo mas, y ese es el único defecto que le encuentro.»

Marquesa. Cómo?

Julia. Quiero ser franca con mi tia, como lo soy con vos, madre mia. Puedo apreciar mucho al señor de Monte-alegre, profesarle el mismo agradecimiento que mi familia, pero amarle, eso no.

Marquesa. Y sin embargo, sabes que tu padre veria con gusto que no te mostrabas insensible á sus obsequios.

Julia. Asi me lo ha manifestado alguna vez; pero creo que nunca me mandará....

Marquesa. Seguramente que no; ni él ni yo queremos violentarte en lo mas mínimo acerca de este particular.... aguardaremos. Has acabado la carta?

Julia. Si, señora, no digo mas sino algunas palabras sobre el sobrino del señor de Monte-alegre.

Marquesa. Y qué dices del fino y elegante Fernando?

Julia. Lo propio que acabais de decir vos misma.

ESCENA II.

DICHOS. FRANCISCO.

Francisco. El señor Marques pregunta por su esposa y por la señorita, para leerlas una carta que acaba de recibir de París.

Marquesa. (*A Julia.*) Será acerca del pleito. (*A Francisco.*) Bien, allá vamos. (*Levantándose.*) Ya puedes cerrar la carta.

Julia. Bueno.

Marquesa (*Mirando por la ventana.*) Quién viene allí? No me engaño, es el conde de Monte-alegre y su sobrino.... Quédate para recibirlos.

Julia. (*Cerrando la carta.*) Sola!... mas valiera que Francisco suplicase á esos señores que aguardasen un momento.

Marquesa. Bien: vamos.

Julia. (*A Francisco*) En seguida ireis á echar esta carta al correo. (*Sigue á la Marquesa.*)

Francisco. Bien está, señorita.

ESCENA III.

FRANCISCO *solo.*

Hum! hum!... por mas que hagan el marqués y la señora, su protegido no adelantará mucho en el corazon de la señorita.... Si algun dia llega á haber casamiento en la casa, dudo mucho que sea ese.

ESCENA IV.

MONTE-ALEGRE. FERNANDO. FRANCISCO.

Monte-alegre. (*Al salir.*) Está en casa el señor Marqués?

Francisco. Si señor; pero se halla postrado en cama con un ataque de gota.

Monte-alegre. Y esas señoras?

Francisco. Estan en el cuarto del Marques en este

momento: me han encargado os suplicase que tuvieseis la bondad de aguardar un momento: no tardarán en salir.

Monte-alegre. Está bien: aguardaremos.

(*Vase Francisco por el foro.*)

ESCENA V.

MONTE-ALEGRE. FERNANDO.

Monte-alegre. (*Consigo mismo.*) Habrán recibido la carta del abogado y estarán hablando acerca de ella.... Quiera Dios que no les descubra mi secreto.

Fernando. (*Despues de haber recorrido un periódico que ha encontrado encima de la chimenea.*) Quereis ver este periódico, tio mio; trae un artículo sobre la pobre España.... y la lista de los amnistiados; vuestro nombre figura entre ellos.

Monte-alegre. Sí, lo he sabido esta mañana.

Fernando. Supongo que nada se opondrá ya al proyecto que habeis formado?

Monte-alegre. (*Distraido.*) Nada.

Fernando. Y volveremos cuanto antes á nuestra hermosa pátria!... Parece què estais pensativo. Os cuesta por ventura ese proyecto mas de lo que habeis dicho?

Monte-alegre. Si me cuesta... Pero es necesario y esencial para mi reposo, y debo llevarle á cabo á toda costa.

Fernando. El recuerdo de la funesta catástrofe que deshizo vuestro primer enlace, haya tenido tal vez una parte demasiado directa en la determinacion que habeis tomado; las virtudes y la solidez de los buenos principios de la hija del Marques de Roubigné la hacen muy superior á doña Elvira.

Monte-alegre. Ya te he dicho que no me ama.

Fernando. Podrá amaros en lo sucesivo.

Monte-alegre. No lo espero, y por lo tanto mi determinacion es invariable. Debieras alegrarte de ella porque te devuelve todas las esperanzas que mi loco amor te habia hecho perder en un momento; porque renunciar á Julia, es renunciar á cualquier otro

enlace... para tí, pues, serán todas mis riquezas como único heredero mio, mi título, mi posicion en la sociedad, en fin, todos los goces del mundo.... para mí... para mí, tu felicidad por último consuelo.

Vallier. (*Dentro.*) No hay aqui nadie que pase recado?

Monte-alegre. Alguien viene.

ESCENA VI.

DICHOS. VALLIER Y JUANITA.

(*Vallier vestido como de dia de fiesta y con un frac mal hecho aunque mas elegante que en el primer acto. Juanita con un vestido de seda, papalina con cintas y flor, y un chal en el brazo.*)

Vallier. (*Sale.*) No hay criados en esta casa?... Parece que esto va peor de lo que yo creia... eh! eh! el marquesado se le lleva la trampa!

Juanita. (*Bajo.*) Calla hombre: repara que no estás solo.

Vallier. Ah! tienes razon: no habia visto. (*Saludándo.*) Caballeros...

Monte-alegre. (*Con frialdad.*) Deseabais ver al señor Marques?

Vallier. Si, señor, al Marques, á la Marquesa, á la señorita Julia, á todo el mundo... Queria presentarles á la señora de Vallier, mi esposa, que está presente; porque como ellos han sido los que han arreglado la boda, tendré mucho gusto en hacerles ver que no le va muy mal á su Juanita... es decir á nuestra Juanita... mejor dicho á mi Juanita; porque al fin, ahora me pertenece á mí, á mi tan solo, eh! eh! eh!

Juanita. (*Aparte.*) Qué fastidio.

Vallier. Qué?

Juanita. Nada... No hables tanto, si es que puedes.

Vallier. Y por qué he de callar?... Estos señores bien pueden saberlo.

Fernando. (*Bajo.*) Quién es este ente? (*Monte-alegre se encoje de hombros, toma el periódico y lee.*)

Vallier. No es verdad, señores, que no os pesa que os haya presentado á mi esposa.... que está presente.

Fernando. Cómo qué! todo lo contrario, nos habeis proporcionado una satisfaccion.

Vallier. No podeis formaros una idea de los parroquianos que me ha traido ese palmito.

Fernando. Lo creo á ojos cerrados.

Vallier. Oh! hice un negocio soberbio.

Fernando. Cómo?

Juanita. Mi marido que es muy galan, como podeis ver, pero que antes todas cosas es comerciante, quiere decir, que al casarse conmigo hizo... un buen negocio.

Fernando. Dice bien.

Vallier. Mucho que si lo digo, y lo digo porque es verdad... el negocio solo seria malo en el caso en que... eh! eh! eh!

Juanita. Pero marido...

Vallier. Pero muger... ese caso no llegará... (*A Fernando.*) La hago tan feliz...

Fernando. De veras? Y cuánto tiempo hace que dura esa felicidad?

Vallier. Hace seis meses.

Fernando. Seis meses!... entonces ya es mucho.

Vallier. Pues á mí me parece poco.

Fernando. Oh!... no lo decia por vos.

Vallier. Cómo?

Juanita. El señor dice que no hablaba de tí.

Vallier. Ah! sí, entiendo... El señor hablaba en general.

Fernando. (*Conteniendo la risa.*) Precisamente.

Vallier. Decid, amiguito, parece que vuestro amigo está muy ocupado.

Fernando. Sí señor, en efecto, está muy ocupado.

Vallier. Habrá echado tambien el ojo á la finca, eh?

Fernando. A la finca?

Vallier. Seria mejor que lo dijera francamente, porque asi nos entenderiamos. El negocio, á decir verdad, no es malo, pero si todo el mundo quiere ganar en él... voy á preguntárselo... (*Acercándose á Monte-alegre y dándole una palmadita en el hombro.*) Caballero!

Monte-alegre. (*Levantándose y midiéndole con la vista.*) Qué hay?

Vallier. No vale la pena que os levanteis... pero ya que lo habeis hecho, cómo ha de ser... Decid con franqueza, venis á comprar la casa?

Monte-alegre. Qué casa?

Vallier. Eso es, haceos el desentendido!... Qué casa ha de ser? esta.

Monte-alegre. Esta!... no tengo noticia de que esté de venta.

Vallier. Eso ya lo sabemos; pero no puede tardar en estarlo, porque el pleito se falla hoy mismo.

Monte-alegre. Os engañais, caballero.

Vallier. Bien puede ser, pero á mí me parece que no. (*Aparte.*) Quiere jugármela de puño... está fresco! Ah! ah!

Monte-alegre. Por lo que habeis dicho al entrar creí que habiais venido para presentar á vuestra esposa á la familia Ronbigné.

Vallier. Ya se vé que sí... pero siguiendo mi costumbre he querido matar dos pájaros de una pedrada... aquí donde me veis, soy hombre que tengo siempre entre manos, dos, tres y hasta cuatro negocios; en este momento cuento con cuatro; de este modo, si el uno sale mal, el otro saldrá bien, y asi no pierdo ni tiempo ni trabajo... Mi sistema es este señor mio... este es mi sistema. (*Aparte.*) No lleva mala píldora en el cuerpo.

Monte-alegre. (*Mirándole de pies á cabeza.*) Sea enhorabuena. (*Le vuelve la espalda.*)

Vallier. Oiga!... (*A Fernando.*) Sabeis lo que digo? que vuestro amigo no es muy amable.

ESCENA VII.

DICHOS. FRANCISCO. DUPRÉ.

Francisco. (*A Dupré.*) Entrad caballero; mi amo ha mandado que tuvieseis la bondad de pasar á su cuarto en cuanto llegaseis.

Monte-alegre. (*Levántandose.*) El abogado!... (*Saliéndole al encuentro.*) Amigo Dupré...

Dupré. Ah! señor conde!

Monte-alegre. (*Bajo.*) Qué hay del pleito?

Dupré. (*Idem.*) Se ha perdido.

Monte-alegre. (*Idem.*) Lo esperaba.... No dejeis de hacer lo que tenemos convenido.

Dupré. Descuidad: como no lo sepa por otro conducto.

Monte-alegre. Yo procuraré evitarlo.

(*Vase Dupré por la puerta que conduce á la habitacion del Marques.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* DUPRÉ.

Monte-alegre. Fernando!

Fernando. (*Acercándose á Monte-alegre.*) Tio? (*El Conde le habla en voz baja.*)

Vallier. Calla, con que es su tio!

Juanita. Y eso que tiene de particular? Francisco, tened la bondad de decir á la señorita Julia que Juanita desea verla.

Francisco. Voy á decírselo, señorita. (*Vase.*)

Vallier. Cómo?... cómo? señorita!... Me parece que el mismo trabajo os costaria decir señora: estúpido!

Juanita. Eh! que me llame, señorita ó señora, qué mas dá?

Vallier. Vaya si dá, y mucho; como que esa impropiedad de lenguaje usada despues de seis meses que llevamos de matrimonio me humilla estraordinariamente: mira si dá. (*A Fernando.*) No es cierto?

Monte-alegre. Ya sabes: terminarás ese negocio con el señor y mi mayordomo.

Fernando. Quedo enterado.

Vallier. Qué negocio?

Monte-alegre. Uno escelente y que creo os acomodará... un abasto considerable... Mi sobrino os enterará de los pormenores. (*Se sienta.*)

Fernando. Si quereis acompañarme con la señora, hasta...

Vallier. Sí quiero?... al instante.

Juanita. Sin ver antes á nuestros protectores?

Vallier. Pch!... los veremos luego... El señor dice que es un buen negocio y no quiero desperdiciar la ocasion... Vamos... (*A Fernando.*) Dad vos el brazo á mi muger.

Fernando. (*Ofreciendo el brazo á Juanita.*) Con mucho gusto... Señora...

Vallier. (*A Monte-alegre.*) Descuidad, señor Conde, que si como habeis dicho el negocio es bueno, yo os respondo de que no se me irá de entre las uñas.... Yo los cojo al vuelo. Ey! ey! vosotros... no tengais tanta prisa, mas despacio... si parece que vuelan.... (*Vanse.*)

ESCENA IX.

MONTE-ALEGRE. *Solo.*

Qué hombre!... inepto, grosero, sin alma... Y sin embargo prosperará, porque reune cuantas cualidades se requieren para enriquecerse... Quién sabe á qué altura le elevará su riqueza despues?... Julia viene... Los alejé á tiempo.

ESCENA X.

MONTE-ALEGRE. JULIA.

Julia. Mi padre me envia á buscaros... Apesar de hallarse aun bastante indispuesto desearia veros.

Monte-alegre. Ha recibido alguna noticia?

Julia. Si, señor, una noticia muy agradable para él porque redunda en beneficio nuestro, y para nosotros, porque redunda en beneficio suyo... El pleito...

Monte-alegre. Se ha ganado?

Julia. Oh!... es mejor todavia que eso... La parte contraria ha desistido... el señor Dupré, abogado de mi padre, acaba de llegar en este momento.

Monte-alegre. Le he visto.

Julia. Le conoceis?

Monte-alegre. No: pero... le he oido nombrar delante de mi.

Julia. Es un escelente sugeto! qué alegre estaba por que nos traia una buena noticia!... el señor Fontbrune, nuestro adversario, ha presentado su desistimiento en toda regla; yo he visto la escritura: y ademas ha pagado veinte mil francos á título de restitucion, perjuicios é intereses, costas... y qué sé cuántas otras palabras que no he podido retener: porque ha sido preciso esplicárselo muy claro á mi padre, ya se vé hace tanto tiempo que le persigue la desgracia!... «Ve á buscar al señor Conde, me ha dicho, que venga, él debe ser el primero á quien participemos nuestra alegria»... Y he venido y he hablado tanto que el buen anciano no tendrá ya el placer de deciros nada, porque todo lo sabeis.

Monte-alegre. Para no privarle de ese placer, lo olvidaré si es vuestro gusto.

Julia. Sí, eso es... pero vamos... no nos detengamos por mas tiempo.

Monte-alegre. Antes de pasar á ver á vuestro padre quisiera, señorita, que os dignarais oirme un momento.

Julia. Estoy á vuestras órdenes, señor conde.

Monte-alegre. A mis órdenes!... es posible que no querais ser ya conmigo, lo que erais hace unos dias, que no acabeis de desterrar ese tono ceremonioso y frio?

Julia. Tal seria mi mayor deseo, pero...

Monte-alegre. Y si yo tratara de recobrar los únicos sentimientos que en mí suponiais entonces: si desesperado, pero bien decidido, lo anunciase asi hoy mismo á vuestro padre...

Julia. Cómo!

Monte-alegre. Sí, Julia; aunque demasiado tarde para mi tranquilidad, he conocido que los deseos que me habia atrevido á formar, solo podrian realizarse violentando vuestra voluntad y á costa de vuestra dicha.... He advertido en la situacion falsa y violenta en que nos ha colocado respectivamente una declaracion que por cuanto hay en el mundo no hubiera querido hacer... Las atenciones que creiais deberme han aumentado el apuro de nuestra situacion... He conocido ademas que mis pretensiones

amorosas, daban á lo poco que en favor vuestro he podido hacer, una apariencia de cálculo y estudio, que al paso que ofendia mi delicadeza debia privarme de vuestro aprecio.

Julia. Oh! eso nunca!

Monte-alegre. El partido que he tomado era el único que podia justificarme á mis propios ojos y absolverme á los vuestros... Me habré engañado tambien esta vez?... No me devolvereis vuestra amistad, ahora que ya no os pido amor?

Julia. (*Con emocion y dándole la mano.*) Señor conde....

Monte-alegre. (*Cogiéndola la mano.*) Julia!...

Julia. Amor nó, pero cuanto aprecio y agradecimiento puede encerrar el corazon de una muger... todo él es vuestro, señor conde...

ESCENA XI.

DICHOS. JUANITA.

Juanita. Perdonad! me retiro.

Julia. Por qué!... Ven á abrazarme y á recibir las quejas que mereces por haber tardado tanto.

Juanita. No tengo yo la culpa: bastante he atormentado á mi marido.

Monte-alegre. Vos aqui aun señora!... os creia en camino para París.

Juanita. Oh! era imposible sin ver antes á la señorita Julia y á su escelente madre. Mi marido se empeñó en que nos marchásemos, pero me mantuve firme y he conseguido lo que queria.

Monte-alegre. Pero...

Juanita. (*Bajo al conde.*) Tranquilizaos; vuestro sobrino me ha dicho una palabra y conmigo eso basta.

Julia. Qué es eso?... Secretos!... Y hace un momento que os habeis visto por la primera vez.

Monte-alegre. Es... es un encargo que hice al marido de la señora... y me estaba dando cuenta de él.

Julia. (*Sonriéndose.*) Bien, bien, no necesito saberlo.

Juanita. Descuidad, señor Conde, el encargo se hará tal como deseais.

Monte-alegre. Me hareis en ello un gran obsequio. (*A Julia.*) Voy á ver al señor Marques.

Julia. Sí. (*Idem.*) Ya sabeis que los gotosos tienen poca paciencia.

(*Le da otra vez la mano, el Conde la lleva á los labios, y vase.*)

ESCENA XII.

JUANITA. JULIA.

Juanita. Con que es verdad lo que me has dicho?

Julia. Qué?

Juanita. Toma; que os casais con ese rico español.

Julia. Nada de eso, y la mejor prueba de ello es que me ves tan contenta porque acaba de decirme que renuncia á mi mano.

Juanita. Ah!.... segun eso no le amais?

Julia. No.

Juanita. Es particular.

Julia. Dejemos eso.... Hablemos de tí: eres feliz?

Juanita. Sí, nuestro comercio prospera.... Tenemos una tienda soberbia, un almacen bien provisto: y situado en un esquinazo que se deja ver desde cuatro calles diferentes, alumbrado de gas... Oh! Vallier es hombre que lo entiende y medrará!.... Ha comprado un carricoche que nos sirve para trasportar el azucar entre semana y pasear el domingo: con el tiempo llegaremos á tener berlina... Ya veis si soy feliz!

Julia. Veo cuando menos que puedes enriquecerte.

Juanita. Y qué otra clase de felicidad quereis que espere con semejante marido?.... Ah! si mi primo Enrique.... No pensemos ya en él; en América habrá encontrado alguna joven con mas atractivos que yo.... Ademas por mucho que hiciera, ya no es posible volverme atras: soy la esposa de Vallier, y debo resignarme á tener tal marido.... y á gozar de esa especie de felicidad que él se ha empeñado en proporcionarme.... Y quién sabe?.... Si se empeñase en hacerse amar.... Oh! no: eso ya seria demasiado.

Julia. Pero él te quiere?

Juanita. Sí, me tiene un amor asi.... como suyo.... un amor que pertenece á un género desconocido.

Julia. Se ocupa de su muger?

Juanita. Casi tanto como del precio corriente del azucar y la canela: ya veis que eso no puede ser mas lisonjero.

Julia. Es celoso?

Juanita. Oh! tiene aun demasiada confianza....

Julia. En tí?

Juanita. No, en él. Y ademas tampoco le queda ahora lugar para pensar en celos; esto vendrá con el tiempo para que sea un marido completo.

Julia. En verdad que no puedo menos de admirarte. Si no eres feliz, sobrellevas tu desgracia con alegria.

Juanita. Y cómo la sobrellevaria sino?... Pero no es eso solo; lo que mas admira á muchos, es que á pesar de cuanto os he dicho, he resuelto no apartarme nunca de mis deberes; y mi marido tiene tanta suerte, que no desespero de seguir adelante con mi determinacion.

Julia. Tú te has vuelto loca.

Juanita. Por fortuna.

Julia. No sé cómo esplicarlo; pero noto en tí cierta cosa que no puedo comprender, veo que no has perdido nada de tu antigua jovialidad y viveza; pero al mismo tiempo observo que tu talento se ha desarrollado.... en Paris se forma una persona en cuatro dias.

Juanita. Es cierto, y mucho mas si tiene buenos maestros.

Julia. Maestros?

Juanita. Sí, señorita: luego que reconocí mi ignorancia, que no fue tarde, me avergoncé de mí misma, y para salir de aquel estado tomé algunas lecciones. Todos estan contentos de mí; hago progresos segun dicen, y veo que no mienten, puesto que vos lo habeis notado....

Julia. Cómo!... has tenido valor?

Juanita. Y por qué no? Ahora al menos, si como asegura Vallier, soy algun dia una gran señora, no seré acaso inferior á mi condicion. Escribo ya

con ortografía, y por la noche punteo la guitarra en la trastienda.

Julia. Ah! con que tambien has tomado maestro de música? (*Riéndose.*) Y qué dice á eso Vallier?

Juanita. Qué quereis que diga? Pregunta si cuesta mucho.... y como no es caro.... pero no hablemos mas de él: es peligroso ocuparse de un marido como el mio tanto tiempo de seguida.

Julia. Aqui viene mi madre.

Juanita. Cuánto me alegro! (*Saliéndola al encuentro.*) Señora marquesa!

ESCENA XIII.

DICHAS. LA MARQUESA.

Marquesa. Juanita!... Buenos dias, muchacha! (*La da un beso en la frente.*) Siempre tan traviesa, tan alegre.

Julia. Mas que nunca, madre mia.

Marquesa. Tanto mejor, su alegria al menos no formará contraste ahora en esta casa.... nunca he visto á tu padre mas contento; ya se hubiera levantado sin hacer caso de su gota, si se lo hubiéramos permitido.

Juanita. (*Aparte.*) Pobre marques! si supiese....

Vallier. (*Dentro.*) Os digo que está aqui.

Juanita. (*Aparte.*) Mi marido! Dios mio!.... va á echarlo todo á perder.... cómo lo impediria.

ESCENA XIV.

DICHOS. VALLIER.

Vallier. Gracias á Dios que te encuentro, muger! Si supieras que cosazas acabo de averiguar! para el pícaro que se fie en títulos ni en marquesados.

Juanita. Bien, bien: saluda á estas señoras, y vámonos que es ya tarde.

Vallier. No, no estoy ahora de opinion de marcharme.

Marquesa. Qué teneis, señor Vallier? Cuál es la causa de vuestro enojo?

Vallier. Voy á decíroslo, señora marquesa.

Juanita. (*Bajo á Vallier.*) Lo que importa ahora es que calles; lo oyes?.... que calles....

Vallier. (*Levantando la voz.*) Ta, ta, ta, yo no tengo que guardar consideraciones de ninguna especie á ese señor emigrado: figuraos, señora marquesa, que yo tenia intenciones de comprar vuestra casa.

Marquesa. Qué estais diciendo, caballero?

Vallier. Si en el negocio se ha de ganar, qué mas os da quê sea yo ú otro? A vos os debe ser eso absolutamente indiferente. Pues señor, ese conde, ese emigrado español ha fingido que tenian que proponerme un negocio de comercio con el único objeto de alejarme de aqui y dejarme tocando tabletas.

Julia. (*A Vallier.*) Pero hombre, quieres callar?

Vallier. (*Gritando.*) Déjame. (*A la marquesa.*) Oh! y antes habia tenido ya la desvergüenza de decirme que el pleito no se fallaria, ni se venderia la casa.

Marquesa. El conde no os ha dicho mas que la verdad.

Vallier. La verdad?

Juanita. (*Tratando de llevársele.*) Una vez que la señora marquesa te lo asegura, qué mas quieres? Vámonos.

Vallier. Es que yo tengo pruebas de lo contrario.

Marquesa. Será posible?

Vallier. (*Sacando una carta del bolsillo.*) Una carta en que me avisan....

Marquesa. Qué?

Juanita. (*Agarrándole la carta.*) Nada, está disparatando. (*Con autoridad.*) Vámonos.

Marquesa. No, no, es preciso que se esplique.

Vallier. Toma, la esplicacion es muy sencilla. No solo se ha fallado el pleito, sino que el marques le ha perdido.

Juanita. No le creais, señora.

Marquesa. Dejadme leer esa carta, Juanita.

Juanita. Señora....

Julia. No vaciles por mas tiempo; el golpe ya está dado.

Marquesa. (*Despues de haber leido.*) Tenia razon!

Julia. Pobre padre! (*Acércase á la marquesa que no puede tenerse en pie y se ve precisada á sentarse.*)

Juanita. Te has lucido.

Vallier. Eh! Déjate de eso: si yo no les hubiese dado la noticia se la hubiera dado otro cualquiera.... Lo que ahora importa, es bajar al jardin á contar los pies de árboles, y ver si las tapias estan en buen estado: en fin, á calcular á cuánto se puede uno alargar en la puja. Vamos, Juanita: déjate de sensibilidad fuera de tiempo. Si uno se detuviera en esas menudencias no se haria nunca un buen negocio.

Juanita. (*Con desprecio.*) Y tú harás muchos, no es verdad? (*A Julia.*) Serenaos, señorita: sé que vuestra casa no saldrá de vuestro poder.... y ademas nunca os faltará la quinta de Mariana, de la escelente Mariana, que tanto os debe. Contad tambien conmigo y con lo que yo tengo, que será vuestro, (*Con resolucion señalando á su marido.*) aun á despecho de ese hombre, pues como os he dicho ya antes de ahora, Juanita, á pesar de su aturdimiento, tiene buen corazon y jamas olvidará los beneficios que ha recibido.

Vallier. Nos vamos ó nos quedamos? Hace un momento que tenias tanta prisa....

Julia. (*Señalando á su madre que está medio desmayada.*) Sí, vete, Juanita.

Vallier. Vamos, vamos, agárrate. (*Le da el brazo.*)

Juanita. Déjame en paz: te detesto. (*Vase.*)

Vallier. (*Siguiéndola.*) Me gusta el cumplimiento: Juanita, Juanita....

ESCENA XV.

LA MARQUESA. JULIA.

Marquesa. Qué desgracia!.... Dios mio! qué será de tu padre! Ah! el pesar acabará con él; pero como esplicarnos el desistimiento del señor de Fontbrune.

Julia. Todo lo adivino, madre mia: ahora recuerdo que el señor de Monte-alegre conocia á nuestro abo-

gado.... y la transaccion se habrá hecho despues de fallado el pleito para que continuásemos en ese agradable error. Conociendo á fondo el caracter de mi padre, el conde ha adoptado ese medio para hacernos un beneficio. Cuán delicado y generoso ha sido su proceder! Y yo creia conocerle! Oh! madre mia, vale cien veces mas de lo que yo pensaba.

Marquesa. Sí, hija mia; pero desgraciadamente sus generosas intenciones no pueden tener el resultado que él espera. Tu padre sabria la verdad, tarde ó temprano y no nos perdonaria el habérsela ocultado; podia aceptar un socorro, un préstamo mientras tenia la esperanza de poderlo satisfacer algun dia; pero un beneficio que no ha de poder devolver, recibir dinero de nadie, oh! no, no, es preferible la miseria.

Julia. La miseria!.... no es ella la que me arredra. Tengo valor y el trabajo no me asusta: vos seguiriais con resignacion mi ejemplo.... pero mi anciano padre que tanto ha padecido.... Ah! bien habeis dicho, se moriria de pesar.

Marquesa. (*Con resignacion afectada.*) Roguemos por él, hija mia, puesto que nada puede salvarnos ya de la desgracia.

Julia. Nada?.... acaso....

Marquesa. Qué quieres decir?

Julia Lo que no se acepta de un estraño.... de un hijo tal vez....

Marquesa. (*Levantándose y abrazándola.*) Hija mia! Pero tú no le amas?

Julia. Debo salvar á mi padre y á vos.... sí, madre mia; ahora le amo, le amo como se ama al que ha labrado la felicidad de una familia... aqui viene...

ESCENA XVI.

DICHOS. MONTE-ALEGRE.

Monte-alegre. En este momento acabo de terminar con el marques... Perdonad, señoras, si antes no he venido.... Pero qué teneis? Parece que estais conmovidas.

Julia. (*Con abatimiento.*) Todo lo sabemos, señor conde. Sabemos que sois el mejor de los hombres, y sin embargo he rechazado esta misma mañana vuestros ofrecimientos.... Os habré afligido, irritado acaso.

Monte-alegre. Afligido sí, irritado no. No tenia ningun derecho sobre vuestro corazon: me habia engañado: habia esperado una felicidad que el cielo no reservaba para mí. Yo solo he cometido la falta y por lo tanto me he presentado á repararla.

Julia. (*Vacilando.*) Y si ahora yo, señor conde, penetrada de admiracion y agradecimiento os ofreciera esta mano que ya no me pedis?

Monte-alegre. Qué decis, señorita?

Julia. (*Esforzándose para sonreirse.*) Hé aqui mi mano: conde, la quereis?

Monte-alegre. (*Llevándola á sus labios.*) Julia!.... Oh! gracias, señora, gracias. (*A la marquesa.*) Os prometo que será feliz.

ESCENA XVII.

DICHOS. VALLIER. JUANITA, *y luego* FERNANDO.

Vallier. Somos nosotros otra vez; pero no hay que inquietarse: mi esposa me ha hablado claro... la prueba es que venimos únicamente á anunciaros que nos marchamos. (*Al conde al oido.*) Y que ya no diré nada.

Monte-alegre. (*Con alegria.*) Podeis hablar cuanto se os ocurra. Entre nosotros ya no existen secretos: somos todos de la familia.

Vallier. Poco á poco... lo que es eso de ser todos de la familia....

Monte-alegre. Sí, señor: y si vuestros negocios os lo permiten podreis tener el gusto de venir á saludar muy pronto en la señorita, á la condesa de Monte-alegre, mi muger.

Vallier. (*A Juanita.*) Su muger!

Fernando. (*Saliendo.*) Su muger!

Vallier. (*A Juanita.*) Vamos, que la marquesita ar-

ruinada tiene una suerte loca: ha aprovechado el dia mejor que yo.

Juanita. (*A Vallier.*) Quién sabe!

Francisco. (*Anunciando.*) El señor marques.

Julia. (*A la marquesa.*) Mi padre! Componed vuestro semblante.... que no conozca.... (*El conde ofrece la mano á Julia para salir al encuentro del marques.*)

Juanita. (*Consigo misma.*) No le ama.

ACTO TERCERO.

Gabinete del conde de Monte-alegre en Paris. En el foro, puerta principal: á los lados de esta puerta dos librerias elegantes: á la derecha del actor, puerta que comunica con la habitacion del conde: á la izquierda puerta de la habitacion de la condesa. A la izquierda del actor en el primer bastidor mesa grande con libros, papeles &c.: al otro lado un velador con juego de café. Los demas muebles sumamente elegantes.

ESCENA I.

FERNANDO. *Un criado.*

(*Al levantarse el telon, el criado coloca en el respaldo de un sillon que está al lado de la chimenea un frac, un chaleco y una corbata.*)

Fernando. (*Saliendo.*) Ha llamado mi tio?

Criado. No, señor.

Fernando. Para qué hora ha pedido el coche?

Criado. Para medio dia.

Fernando. Está bien. Le dirás... Pero... oigo que viene hácia aquí: déjanos (*Vase el criado por el foro al mismo tiempo que sale Monte-alegre con bata por la derecha.*)

ESCENA II.

FERNANDO. MONTE-ALEGRE.

Monte-alegre. Ah! eres tú, querido.

Fernando. Vengo á ponerme á vuestras órdenes.

Monte-alegre. Al instante soy contigo: voy un momento á la habitacion de la condesa á saber si ha descansado del viage y si está en disposicion de salir esta mañana. Tiene que hacer una porcion de

compras para ponerse al nivel de la elegancia de París. Ya ves.... despues de cinco meses de ausencia! cinco meses! es un atraso de un siglo en materias de modas! Ademas hoy es el segundo aniversario de nuestro casamiento, y quiero que vea un aderezo que encargué al diamantista.

Fernando. Yo tambien le he visto: es magnífico.

Monte-alegre. Me alegro que apruebes mi gusto: nada me parece bastante bueno ni bastante rico para ella... Ah! mientras vuelvo recorre esos papeles. (*Le da un paquete que toma de la mesa.*) Ellos te dirán el servicio que de tí espero.

Fernando. Está bien.

ESCENA III.

FERNANDO, *solo.*

Me he engañado: siguen en la mejor armonia; y sin embargo el entrecejo del conde, apenas llegó aqui... el abatimiento de la condesa... Uno y otro serían tal vez motivados por el cansancio del viage. Veamos estos papeles. (*Se sienta al lado de la mesa y recorre sucesivamente varios papeles encerrados bajo un mismo sobre.*) Una carta para su corresponsal de Madrid... Quiere fijar su residencia en Francia. Ah! se decidió... un poder general para vender todos sus bienes!... Renuncia á su pátria, realiza su capital, esto se va poniéndo sério... Mucho quiere á esa muger... (*Mirando el último papel*) Ah! este es para mí... me manda que salga esta tarde misma para España: soy el encargado de llevar á efecto sus proyectos. (*Levantándose.*) Marcharme sin haber antes averiguado... El está hoy tranquilo, sosegado, acaso ella tambien... sin embargo ayer... (*Como riéndose de sí mismo.*) El cansancio!... (*Con frialdad.*) Allá lo veremos. (*Guarda los papeles en el sobre.*)

ESCENA IV.

FERNANDO. MONTE-ALEGRE.

Fernando. Como está la condesa?

Monte-alegre. (*Llamando.*) Mejor: saldrá. (*Se quita la bata y se prepara para vestirse.*)

Fernando. (*Aparte.*) En otro tiempo leia yo en su fisonomia! (*Sale el criado.*)

Monte-alegre. (*Vistiéndose.*) Vamos á ver, Fernando: ponme ahora al corriente de lo que ha pasado por acá durante nuestro viage. Dame algunas noticias de nuestros amigos, es decir de los que se llaman amigos. Empieza, si quieres, por nuestro nuevo banquero, ese original de Vallier; á cuya muger quiere tanto la condesa.

Fernando. Y por qué, tio, no hemos de empezar por la muger?

Monte-alegre. No veo inconveniente alguno: siempre tan hermosa?

Fernando. Como un ángel! en el dia es de lo mejor de Paris, y está obsequiada por nuestros primeros elegantes. Su viveza, su gracia, sus talentos, porque ha logrado adquirirlos, la han hecho conseguir una gran celebridad en nuestros salones: por lo demas, ligera, aturdida, burlona, coqueta como ella sola, pero á pesar de todo virtuosa.

Monte-alegre. Esa última circunstancia será la que menos te gustará á tí sin duda, libertino?

Fernando. Hay muchos de mi opinion.

Monte-alegre. Segun veo, Vallier es feliz.

Fernando. Contra el órden de la naturaleza; nació con estrella y no estrellado. (*Vase el criado llevándose la bata.*)

Monte-alegre. Se habrá civilizado como su muger? habrá soltado el pelo de la dehesa?

Fernando. Cuanto se ha podido conseguir de él es que mude de sastre, y sus modales parecen mas ordinarios desde que su traje ha adquirido alguna elegancia: esto es en cuanto á la forma, pues en cuanto al fondo, su imaginacion está siempre asestada

contra el mismo blanco; los negocios y nada mas que los negocios, fuera de eso, nada. Por lo que hace á corazon nadie sabe aun á punto fijo si le tiene. En lo que ha progresado, es en esa familiaridad de mal tono que parece empleada para hacer bajar á los demas á su nivel, y en esa confianza de sí mismo que hace que no vacile en nada.

Monte-alegre. Y un hombre de esa especie es amado?

Fernando. Amado!... No es probable... pero al menos está seguro de que su muger no ama á otro, y esto siempre vale algo.

Monte-alegre. Es cierto.... (*Cambiando bruscamente de tono.*) Has leido los papeles que te dí?

Fernando. (*Recobrando tambien el tono sério.*) Sí, y ejecutaré puntualmente vuestras órdenes. Lo que hará algo menos penosa para mí una separacion, que por otra parte procuraré sea lo mas corta posible, será la certeza que llevo de que os dejo sosegado, tranquilo y feliz.

Monte-alegre. (*Agarrándole de la mano.*) Fernando, tú no crees lo que dices.

Fernando. Pero, tio...

Monte-alegre. No: tú no lo crees y tienes razon en no creerlo... no soy feliz!

Fernando. Sin embargo, la condesa...

Monte-alegre. Oh! su conducta es ejemplar, y su virtud está al abrigo de toda sospecha.

Fernando. En ese caso...

Monte-alegre. Escucha; pero lo que voy á decirte es un secreto de que solo tú y yo debemos tener noticia. No he cumplido ninguno de los empeños que habia contraido conmigo mismo cuando me casé con Julia: tengo celos, tengo celos de ella como los tuve en otro tiempo de Elvira.

Fernando. Pero Elvira era culpable, mientras que la condesa...

Monte-alegre. Es inocente. No solo no tengo pruebas, sino que no tengo el menor indicio de lo contrario, por eso he puesto un gran cuidado en ocultar mis celos á todo el mundo y á ella en particular, como se oculta una mala accion; pero aun cuando logro ocultarlos como deseo, no creas que por eso padezco menos.

Fernando. Pero...

Monte-alegre. Sé que vas á decirme que es una locura. Pues sí, estoy loco, porque es locura exigir de una pobre muger mas de lo que puede dar! Julia es pura, cándida, esclava de sus deberes... Es culpa suya si no me ama?

Fernando. Y cuando no fuese cierto, y cuando no tuviese en la actualidad hácia vos mas que un aprecio profundo, un agradecimiento sincero, probaria eso que algun dia no pudiera corresponder con igual afecto á vuestro amor? En lo pasado teneis garantías para el porvenir; porque es justicia que debemos hacer á la condesa; si al daros su mano no os entregó su corazon, (*apoyando*) al menos su corazon era libre y no habia pertenecido á nadie antes que á vos.

Monte-alegre. (*Con impaciencia.*) Basta!...

Julia. (*Dentro.*) Traedme el chal!...

Monte-alegre. (*Tranquilo.*) Ella viene!... déjanos.

Fernando. Voy á disponer el viage.

(*Saluda á la condesa que sale por la izquierda y vase por la derecha.*)

ESCENA V.

MONTE-ALEGRE. JULIA.

Monte-alegre. (*Aparte.*) Siempre el mismo abatimiento!

Julia. Venia á deciros que estoy pronta: acaso os habré hecho esperar?

Monte-alegre. No: he pedido vuestro coche para las doce. Otra queja es la que tengo que daros.

Julia. (*Dejando el sombrero encima de la mesa.*) Una queja, señor conde?

Monte-alegre. Sí, Julia. Señor conde, señor conde: que me llameis así cuando estamos en sociedad, pase; porque segun parece lo exige asi el buen tono: pero no podemos dejar cuando estamos solos esa fria y glacial etiqueta? Me habiais prometido llamarme vuestro amigo... no he merecido aun ese título?

Julia. Ah! quién mejor que vos le merece?

Monte-alegre. Pues bien...

Julia. (*Sonriéndose.*) No volveré á olvidarlo.

Monte-alegre. (*Cariñosamente.*) Oh, no os sonriais asi, porque esa sonrisa manifiesta lo contrario, y yo no exijo de vos nada que os cueste violencia.

Julia. Os engañais, señ... amigo mio...

Monte-alegre. Ya veis: siempre encuentra dificultad para salir ese nombre.

Julia. (*Poniéndose la mano sobre el corazon.*) Sin embargo está aqui siempre.

Monte-alegre. (*Tomándola la mano.*) Julia, creeis que haya en el mundo una muger mas tiernamente amada que vos?

Julia. No lo creo: y mi agradecimiento...

Monte-alegre. Agradecimiento... ah! no sabeis lo sensible que me es el oiros pronunciar esa palabra: sois mi muger, Julia, y yo soy el que debe estaros agradecido. Llegue yo á persuadirme que sois feliz, vea yo en esos ojos en los que busco todos los dias mi consuelo, en los que podria encontrar todos los goces del cielo, veá yo un rayo de verdadera felicidad! Contemple en esas facciones de angel tan hermosas, tan cándidas, una sonrisa, una sola, pero que no sea forzada, una sonrisa en la que no haya violencia y que diga: «Estoy contenta!...» y entonces yo seré el que todo os lo deba, porque esa sonrisa, Julia, será para mí mas que la vida, será la esperanza de vuestro amor! (*Con abatimiento.*) Que veo? todavia lágrimas.

Julia. (*Procurando dominarse.*) Y quién podria oiros sin enternecerse? Vuestra alma se retrata tan noble y tan bella en todos vuestros discursos!

Monte-alegre. Ah! Julia, por qué no podeis amarme?

Julia. Pues qué no os amo?

Monte-alegre. Pero.... no habeis amado.... nunca.... á otro... antes que á mí?

Julia. (*Apartando el pañuelo de sus ojos y mirándole.*) Señor conde...

Monte-alegre. Ah! yo hubiera debido ocultaros siempre este detestable pensamiento, pero hace tanto tiempo que me atormentaba...

Julia. Y quién ha podido inspirárosle?

Monte-alegre. Esa tristeza sin causa, aparente al menos, que os sigue por dó quiera.

Julia. El verme tan lejos de mi familia...

Monte-alegre. Sí, asi me lo indieásteis al principio, y por eso os propuse que fuésemos á abrazar á vuestros padres á Provenza donde viven retirados. Acabamos de separarnos de ellos y ya durante el viage....

Julia. No ignorais que he encontrado á mi madre muy abatida, muy débil...

Monte-alegre. Es cierto... pero á nuestra salida de allí la dejamos mueho mas aliviada.

Julia. Y si yo misma tal vez...

Monte-alegre. Qué deeis?

Julia. Pensaba oeultároslo para no afligiros: sí, yo tambien me siento enferma. Al pasar por Montpeller no quise deeiros nada, pero tuve una consulta.

Monte-alegre. (*De pronto.*) Lo sé: yo tambien hablé al médieo y me respondió de vos... es un hombre hábil y de mueha esperieneia... Debeis vivir y vivir largo tiempo para bien de los que os eonozcan... Me ha dicho que procurásemos combatir vuestra enfermedad eon los plaeeres y distracciones, y yo en vez de obedecerle ¡eiego de mí! voy á escoger esta ocasión para atormentaros eon una sospeeha odiosa que os ofende, y de la que me avergüenzo ahora... Ah! es horrible! Perdonadme, perdonadme: olvidémoslo todo, Julia, eseepto la prescripeion del faeultativo y para empezar (*Llama.*) vamos á oeuparnos en hacer algunas eompras. Quiero que eclipseis á todas las hermosas de vuestra edad y elase. Ello no será un plaeer para vos, porque no sois coqueta... pero lo será para mí que soy feliz cuando os admiran! (*Al criado que se presenta en la puerta.*) El eoche. Tendremos á eomer al banquero Vallier y á vuestra amiga Juanita; la una nos indemnizará del otro. Esta noche iremos á la ópera. Mañana proeuraremos busear otras distraeciones: cada dia formaremos un programa nuevo, lo mas variado y eompleto que sea posible; yo no me ocuparé mas que de vos y de vuestra felicidad!... aeaso lograré asi ver asomar alguna vez la sonrisa á vuestros labios.

Julia. Cuán bueno sois para conmigo! (*Sonriéndose.*) Vamos, es esto lo que deseais?

Monte-alegre. Oh! eso ya es un adelanto, y con el tiempo, con el tiempo... Oh! sí, sí, me amareis! (*Al criado.*) Qué buscais?

Criado. El señor Vallier pregunta si está visible el señor conde?

Monte-alegre. (*Con impaciencia.*) A qué vendrá?... No le aguardaba hasta la hora de comer. (*Al criado.*) Decid á mi sobrino que le reciba: en este momento ese hombre me seria mas insoportable que nunca. (*Da á Julia el sombrero.*) Ya creo que viene! Vamos, vamos que no nos vea.

(*Coge del brazo á Julia y se va apresuradamente con ella por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

VALLIER. FERNANDO.

Vallier. (*Entrando.*) Calla... huyen de mí!... pues no me parece la salida de muy buen tono. No seria malo que los diera una voz.

Fernando. Mi tio me ha encargado que le disculpara y que os recibiera en su nombre.

Vallier. Está muy bien, amigo mio, pero el caso no es lo mismo.

Fernando. Sin embargo, si se trata de algun negocio, ya sabeis que tengo plenos poderes.

Vallier. En hora buena; no obstante, creo que el conde seria mas á propósito que vos para la clase de negocio que aqui me trae. En fin, cómo ha de ser: una vez que se ha marchado me entenderé con vos. Ayer á decir verdad me hubiera guardado bien de deciros la menor palabra sobre el particular y no hubiera desplegado mis labios, pero ahora que sé á punto fijo...

Fernando. Si gustais que yo sepa otro tanto, haced-me el favor de hablar mas claro.

Vallier. Hablaré: pues, señor, vos estareis lejos de figurároslo, pero estais viendo delante de vos al mas desgraciado de los hombres.

Fernando. Qué oigo? Acaso los fondos..:
Vallier. Nada de eso: ayer he ganado mil francos en una operacion de bolsa. Es otra clase de desgracia!
Fernando. Ah!
Vallier. Ay, amigo mio, muy duro es decirlo! pero al fin cuando no queda duda... en fin... tendré que decíroslo.
Fernando. No habeis venido para eso?
Vallier. Ya se ve que sí... quién lo duda? Sabed que mi muger...
Fernando. (*Con viveza.*) Eso no puede ser amigo mio.
Vallier. Cómo que no puede ser si no sabeis aun lo que voy á decir? tengo celos!...
Fernando. Ah! celos... nada mas?
Vallier. Me párece que es bastante.
Fernando. (*Chanceándose.*) Supongo que no seré yo la causa de ellos?
Vallier. Hoy no, ayer sí, porque ayer me perdía en un laberinto de confusiones y dudas; podíais ser vos ú otro, ú otros diez.... Pero esta mañana.... mirad, mirad esta miniatura. (*La da un medallon.*)
Fernando. Qué retrato es este?
Vallier. Es él.
Fernando. Pero quién es él?
Vallier. Oh! poca cosa, nada, un primito, el hijo de mi tia Mariana. No le conoceis?
Fernando. No.
Vallier. Ah! es verdad: ya se habia marchado cuando vos vinisteis por estas tierras. Pero la condesa os podrá hablar de él, porque le conoce mucho.
Fernando. (*Con interés.*) Ah! con que le conoce mucho?
Vallier. Toma, si es su hermano de leche. Se ha criado en la quinta.
Fernando. En la quinta?
Vallier. Sí, con el hijo del marqués.
Fernando. (*Recobrando su sangre fria.*) Bien, bien.
Vallier. Por eso Enrique se hizo un sábio; por eso tomó un tonito y unas maneras muy ridículas á mi pa-

recer... pero las mugeres son tan particulares!... puede que eso mismo la hiciera levantar de cascos á la mia.

Fernando. (*Mirando la miniatura.*) Hermoso joven!

Vallier. Lo mismo decian esas señoras; pero yo no le encontraba nada de particular.

Fernando. Lo cual le importaria muy poco; porque seguramente no trataria de agradaros á vos....

Vallier. Yo lo creo: no podia sufrirle.

Fernando. Con que segun eso seria antes de que vos os casarais, cuando ese Enrique....

Vallier. Si por cierto, pobre de mi.

Fernando. Y despues?

Vallier. No le hemos vuelto á ver el pelo: y aun hace mas de seis meses que no se ha oido hablar de él.

Fernando. (*Mirando el medallon.*) Seis meses? pues dónde habeis encontrado este retrato?

Vallier. (*Con misterio.*) En la cómoda de mi muger.... Infame!

Fernando. La habeis forzado?

Vallier. Me gusta la aprension! Ahora iria yo á estropear un mueble magnifico?... Estaba abierta.

Fernando. Ah! estaba abierta.

Vallier. (*Suspirando.*) Sí!... Y qué es lo que pensais vos de todo esto, amigo mio?

Fernando. Pienso que habeis procedido muy de ligero en sospechar de vuestra esposa: y en prueba de ello no teneis mas que reflexionar á sangre fria en la poca importancia que da á la posesion de este retrato. Estad seguro de que si fuese culpable le hubiera ocultado mejor.

Vallier. De veras?

Fernando. (*Guardándose el retrato.*) Quien lo duda? y si me prometeis seguir mis consejos, os doy palabra de que dentro de poco quedareis tan convencido como yo de su inocencia.

Vallier. Mucho me alegraria; pero no lo creo. Ah!... En fin, decidme sin embargo lo que debo hacer.

Fernando. Dejadme hablar y obrar.

Vallier. Bueno.

Fernando. Disimulad vuestros celos.

Vallier. Comprendo.

Fernando. Componed vuestro semblante de modo que vuestra muger no note nada, y os encuentre mas amable y afectuoso que nunca.

Vallier Demonio! eso es dificil en la situacion en que estoy: no importa, haré un esfuerzo.

Fernando. Permitidme que siga haciéndola la corte.

Vallier. Cuanto querais. Y despues?

Fernando. Despues?... Yo me encargo de lo demas.

Vallier. Divino!... Con tal que se acabe todo antes de la hora de la bolsa.

Criado. (*Anunciando.*) La señora de Vallier.

Fernando. Atencion y cara de risa.

Vallier. Asi?

Fernando. Asi.

ESCENA VII.

DICHOS. JUANITA.

Fernando. (*Saliéndola al encuentro.*) Señora, besoos los pies. Cada dia mas linda y mas graciosa.

Juanita. Qué tal os parezco con este sombrero?

Fernando. Admirable!... Estais encantadora.

Juanita. Deberia llamaros adulador, pero prefiero creeros. Ya veis que no puedo ser mas condescendiente.

Vallier. (*Entre dientes.*) Coqueta!

Juanita. Ah! estabais aqui, y no lo habia adivinado!... Luego dirán que hay simpatias!

Vallier. Señora mia, pocas chanzas sobre ese particular: no os pegan maldita la cosa.

Juanita. Cómo?

Vallier. (*A quien Fernando hace señas.*) Ah!... si.... no.... queria decir que habia venido aqui para terminar un negocio.

Juanita. Quisiera saber cuando piensas tú en otra cosa. A propósito, estoy furiosa contigo.

Vallier. Estás furiosa, y conmigo? (*A Fernando.*) Qué os parece esto? (*Seña de Fernando.*) Ah! sí.

Juanita. Creeriais, Fernando, que mi marido viene en

la lista de candidatos para la diputacion de Gonesse?

Vallier. Y por qué no lo he de creer?

Juanita. Porque es imposible, porque es increible.

Vallier. (*Muy pagado de sí.*) Los electores no han sido de esa opinion.

Juanita. Pero hablando con formalidad, vamos á ver, qué has hecho tú para ser diputado?

Vallier. He hecho.... he hecho.... he hecho dinero.

Juanita. Tienes razon: se me habia olvidado que en el dia es ese el mejor de todos los títulos. Oh! luego diran que no se aprecia el verdadero mérito.

Vallier. (*Con impaciencia.*) Pero Señora.... (*Seña de Fernando.*) Ah! si.

Juanita. Pero por lo que mas me choca esa mania que ahora te ha entrado de aspirar á la diputacion, es porque no alcanzo el interes que puedas llevar en ello.

Vallier. La cosa es bien clara sin embargo: asi podré abrazar mas de frente los negocios.

Juanita. Los negocios?

Fernando. Sí, los del pais.

Vallier. No, los mios.... los otros tambien.... á ratos perdidos.

Juanita. Pobres electores! Tentaciones me dan de escribirles.

Vallier. Poco á poco; eso ya pasa de chanza.

Fernando. En efecto, señora....

Juanita. Hola!... Observo que entre los dos debe haber pasado algo de particular. Ayer no conveniais en nada, y hoy os encuentro de acuerdo en todo. (*A su marido.*) Segun parece, ya no te asusta el señor?

Vallier. Ni lo mas mínimo: acaba de probarme que es mi mejor amigo.

Juanita. Pues yo te aconsejo que desconfies de él.

Vallier. Oh! no tengo el menor cuidado. Ahora puede hacerte la corte cuanto quiera.

Juanita. Le das letra abierta?

Vallier. Sí. (*Con gravedad burlesca.*) Cuento con él.

Juanita. Mas politico seria que contaras conmigo.

Vallier. Contigo!, contigo!... (*Señas de Fernando.*)

Sí, cuento contigo tambien, con él, conmigo, con todo el mundo, mientras yo esté á tu lado.

Juanita. (*A Fernando.*) Pero qué le ha dado ahora? qué tiene?

Fernando. (*A Juanita.*) Yo os lo diré: está exasperado.

Juanita. Y es verdad: esos ojos.... esa cara.... no lo habia notado.... Ah! ah! ah! (*A Vallier.*) Mirame.... Ah! ah! ah!

Vallier. Juanita! (*Juanita se le rie.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. JULIA. MONTEALEGRE.

Julia. (*Saliendo.*) Parece que corre buen humor por aqui. Quién os hace reir de tan buena gana?

Juanita. Mi marido que está desesperado segun dicen. No he podido saber todavia por qué, pero ahora nos lo dirá, y apuesto á que ha de ser cosa muy divertida.

Vallier. (*Con intencion marcada.*) Falta saber para quien.

Juanita. (*Imitando su tono.*) Tendriamos sumo gusto en que nos lo dijeras.

Monte-alegre. Cómo? Aun no habeis hecho las paces todavia desde que nos separamos?... y eso que han transcurrido ya cinco meses?

Juanita. La guerra es cosa muy divertida.

Vallier. (*Entre dientes.*) Paciencia, señor, paciencia!

Juanita. (*Alargándole la mano.*) Vamos, una tregua al menos. (*Vallier rechaza la mano.*) Como quieras. (*A los demas.*) No es verdad que es muy amable?

Monte-alegre. Comereis con nosotros, y despues iremos juntos á la ópera.

Juanita. En cuanto á la ópera, os pido que dispenseis de ir á ella á mi marido, porque carece de todo punto de instinto músico.

Julia. De veras?

Juanita. En tales términos, que el otro dia quiso obsequiarme llevándome al teatro, y cuando yo estaba muy tranquila escuchando con la mayor atencion el famoso duo de los Puritanos, me sacó de mi enagenamiento un ruido estraordinario que oí cerca de mi en el paleo.... era mi marido que roncaba.

Fernando. Qué temeridad! ronear en la ópera! Habia para un motin en la Platea.

Juanita. Yo lo creo: por menos que eso se suele armar una asonada. Pero vos sereis de los nuestros, aprendiz de diplomático. La ópera es vuestra bolsa, y en el teatro se arreglan los destinos del mundo entre una pirueta y una cabatina.

Fernando. Desgraciadamente hoy no podré yó arreglar nada; porque esta misma tarde me pongo en camino para España.

Juanita. Qué oigo? Eso no puede ser. Cómo, señor conde, vais á privarnos de Fernando justamente cuando mi marido acaba de autorizarle oficialmente para que me haga la corte?

Monte-alegre. Tranquilizaos: le tendremos aqui dentro de pocos dias.

Juanita. Asi lo espero. Qué es eso?... Compras?

(*Van saliendo sucesivamente varias modistas y dependientes de comercio que traen cajas y paquetes de diferentes formas. El conde les indica la habitacion de su muger.*)

Julia. Sí, el conde ha querido obsequiarme.

Juanita. Y ha hecho bien. El que es rico debe favorecer la industria, y la industria mas preciosa, mas esencial en un pais sensato, es la moda. Sabeis que pareee una proeesion?

Monte-alegre. (*A uno de los dependientes indicándole el velador.*) Dejad ahi el aderezo.

Juanita. (*Corriendo al velador.*) Un aderezo! Veamosle.

Julia. Aturdida!

Juanita. (*Despues de haber abierto el estuche.*) Ah! es magnífico. (*A Vallier.*) Ven, ven, aprende á vivir.

Vallier. Déjame en paz.

Monte-alegre. (*Al mozo que se aleja.*) Aguardad: voy á daros el importe de la factura.

(*Fernando que en este momento se halla junto al escritorio, coloca de pronto el retrato de Enrique encima del cajon, que debe abrir el conde; en seguida se retira para dejarle paso y se acerca á Vallier.*)

Julia. (*Al conde en el momento que pasa por su lado.*) Os arruinais por mí.

Monte-alegre. (*Sonriéndose.*) Oh! aun tenemos.... lo que os pido es que deseis.

(*Al meter la llave en la cerradura, el conde hace un movimiento de sorpresa, reparando en el retrato.*)

Julia. Qué es eso, amigo mio? (*El conde la enseña el retrato sin contestar.*) (*Aparte.*) Enrique!

(*Monte-alegre, viendo la impresion que el retrato causa á su muger, recobra de pronto su serenidad: saca varios billetes de banco del cajon, paga al platero, le acompaña hasta la puerta y la cierra. En seguida vuelve con prontitud á colocarse junto á Julia.*)

Vallier. (*Bajo á Fernando durante este movimiento.*) Es el retrato?

Fernando. (*Id.*) Sí.

Vallier. (*Id.*) Es decir que empieza la broma?

Fernando. (*Id.*) Sí.... Chist!

Vallier. (*Id.*) Es verdad.... chist!

Monte-alegre. (*Con afectada indiferencia.*) Qué retrato es este, Julia?

Julia. Ese retrato....

Juanita. (*Que se ha acercado.*) Ah! es mio.

Monte-alegre. Vuestro?

Vallier. (*Con esplosion.*) Ya lo ois? Se atreve á confesarlo.

Juanita. (*Apoderándose del medallon que está en poder de Monte-alegre.*) Y por qué no lo he de confesar?... Mi tia Mariana me le envió para que le hiciese poner un marco, y yo le he mandado hacer este medallon, y pensaba llevárselo pasado mañana á la granja.... Me parece que esto nada tiene de particular.

Fernando. (*A Juanita.*) Mentis con suma gracia.

Juanita. (*Contestando en alta voz.*) No, señor, no miento.

Vallier. Qué audacia!

Juanita. Lo que me sorprende es que habiendo yo dejado este retrato en mi cómoda, se halle ahora en poder del señor.

Fernando. Todo ello es muy sencillo, y voy á esplicároslo....

Juanita. Hablad pronto, porque quiero descifrar cuanto antes este enigma.

Fernando. El señor Vallier ha cometido esa imprudencia, culpable en verdad, y que él mismo confiesa.

Vallier Nada de eso.

Fernando. A qué viene negarlo y haceros menos apreciable de lo que sois?... Tenia sospechas, sospechas injustas que yo he combatido y que debia combatir, porque sé mejor que nadie hasta qué punto debiera confiar en vos.... Le he demostrado que ese retrato nada probaba, nada absolutamente, y que lo mejor que podia hacer era ponerle cuanto antes donde le habia encontrado.... Vos habeis llegado á este tiempo y estaba tan embebido en sus ideas y tan acalorado, que en vez de recoger el medallon, le ha dejado distraido encima de la mesa.... No es eso lo que ha pasado?

Vallier. Sí, mucho que sí.... distraido. (*Aparte.*) A dónde irá á parar con este enredo?

(*Monte-alegre habrá escuchado muy atentamente la esplicacion de Fernando, lo cual da tiempo á Julia para tranquilizarse.*)

Juanita. Pero qué, es verdad que tienes celos?... se puede creer?... Mucho me alegraria, porque al menos tendrias algo de racional.

Vallier. (*Sin poderse contener.*) Ah! Esto ya no se puede aguantar.... Señora, habeis de tener entendido....

Monte-alegre. Sosegaos, sosegaos, señor Vallier. Convengo con Fernando en que habeis procedido mal.

Vallier. Vos tambien?... Pero si yo os dijera....

Fernando. Oh! Cuando llega á meterse una idea en la cabeza.... Yo creia que la noticia que le he dado debia dar fin á sus temores, ya que no á sus resentimientos.

Juanita. Qué noticia?

Vallier. (*A Fernando.*) Me habeis dado una noticia?

Fernando. (*Id.*) Callad.

Vallier. (*Id.*) Ah! si, si, es verdad. (*Aparte.*) Maldito si entiendo una palabra.

Juanita. Esplicaos: qué noticia es esa?

Fernando. (*Fingiendo cortarse.*) Permitid que la calle.... ahora reflexiono que aqui hay personas que naturalmente habrán de interesarse mas que el señor por la suerte del joven Enrique Lubert.... y aunque hubiera sido á costa de dejarle en su error, debiera quizas no haber dicho....

Juanita. (*Con viveza.*) Pero ahora ya no podeis callarlo.... Qué ha sucedido á Enrique? Hablad....

Fernando. No pasa de ser un rumor vago....

Juanita. Pero hablad, hablad....

Fernando. Una vez que lo exigis.... Se ha dicho que en un naufragio....

Julia. (*Aparte.*) En un naufragio!

Fernando. Ese desgraciado joven....

Julia. Ha perecido.... Gran Dios!

(*Mirando de pronto á su marido, repara en la imprudencia que ha cometido, y se apoya en el respaldo de un sillon para sostenerse; pero las lágrimas la sofocan.*)

Juanita. (*Corriendo á ella.*) Julia!...

Vallier. (*A Fernando.*) Ha muerto?... (*Fernando le hace señas para que calle, y le enseña á Juanita y Julia.*) Ah! si.... (*Aparte.*) Ni una palabra.

Monte-alegre. Esa conmocion! Julia.... (*La coge la mano.*) Señora....

Julia. (*Enjugándose los ojos y mirándole fijamente.*) Señor conde....

Monte-alegre. Mucho os interesais por ese joven.

Julia. (*Sofocada de nuevo por los sollozos.*) Ah! Señor....

Juanita. Es muy natural!.. Ah! Si hubiese recibido con frialdad tan terrible noticia me hubiera incomodado con ella. Figuraos que acaban de anunciarla nada menos que la muerte de un amigo de infancia, de un hermano.

Monte-alegre. Cómo?

Fernando. En efecto, ese joven fue compañero de ni-

ñez de la condesa, y se habia criado en su casa.

Juanita. Querida Julia, veo con placer que vuestro corazon no ha cambiado.... Ahora os quiero mas que nunca.... No lloreis ya: la noticia que el señor ha dado es falsa.... Nuestro buen Enrique no ha muerto. Mirad esta carta que su madre me ha escrito esta mañana anunciándome su próximo regreso.

Julia. (*Mirando la carta.*) Pobre Mariana!... Ella tambien hubiera muerto!

Juanita. (*Con intencion marcada.*) Espero, señor Fernando, que tendreis una satisfaccion en saber que estabais mal informado.... Y si por casualidad, movido únicamente de un celo indiscreto hubieseis inventado esa noticia por interes hácia mi, y con el laudable objeto de calmar los ridículos celos de mi marido, no puedo menos de deciros, al paso que os doy las gracias por vuestra buena intencion, que en lo sucesivo no mateis á nadie por favorecerme. (*Se vuelve hácia Julia, que la devuelve la carta.*)

Vallier. (*A Fernando.*) Habeis dado un golpe en vago.

Fernando. (*Mirando al conde.*) Quien sabe!

Criado. La señora condesa está servida.

Monte-alegre. Bien.

Juanita. Vamos, fuera tristeza.... Ya no hay motivo para afligirse.... Pasaremos una noche deliciosa.... (*Con intencion á Fernando.*) Que lástima que os marcheis á España, señor Fernando!... Vamos á ser felices sin vos.

Monte-alegre. (*Ofreciendo el brazo á Juanita.*) Señora! (*Vallier ofrece el suyo á la condesa.*)

Fernando. (*Durante este movimiento y siguiendo á su tio con los ojos.*) Pierde cuidado: no me marcharé.

ACTO CUARTO.

Salon ricamente amueblado en casa de Vallier. A la izquierda del actor una puerta que comunica con la habitacion de Juanita. En el mismo lado una ventana que dá al jardin. En el foro una gran puerta abierta que corresponde á otro salon. A cada lado de la escena una silla.

ESCENA I.

JUANITA. VALLIER.

(*Al levantarse el telon, Juanita está sentada en un sillon bordando en cañamazo. Vallier de pie y apoyado en el respaldo.*)

Vallier. Quedamos en eso.... está firmada la paz?
Juanita. (*Sin mirarle.*) Si reconoces tus faltas....
Vallier. Si, si, no hablemos mas del particular, gastariamos el tiempo en balde, y yo no puedo ahora disponer mas que de diez minutos. (*A un criado que sale.*) Llevad este aderezo al cuarto de la señora.
Juanita. Un aderezo!
Vallier. Me dijiste que aprendiera á vivir, y te hè obedecido.... eh! ch!
Juanita. No me disgusta la idea. (*Abriendo el estuche.*) Oh! es muy bonito! (*Al criado.*) Déjale encima de mi tocador.
Vallier. (*Estregándose las manos.*) Estarás contenta de mi?... eh?...
Juanita. Si; te vas formando. Con constancia se conseguirá algo de ti.
Vallier. Picaruela! Vamos, en señal de paz, dame esa hermosa mano, tan suave, tan blanca....
Juanita. Advierte que ya han pasado los diez minutos de que podias disponer.

Vallier. No, no te apures: con tal de que esté en la cámara antes de las siete.

Juanita. (*Retirando la mano.*) Déjame: esa palabra lo ha echado todo á perder.

Vallier. Qué palabra?

Juanita. La que me recuerda que tus cándidos electores de Gonesse han consumado el sacrificio, que al fin eres diputado!

Vallier. Y qué mal hay en eso?

Juanita. Ya te lo he dicho: que te ridiculizarán, y que por mas que yo haga, siempre me alcanzará alguna chispa.

Vallier. Ka!

Juanita. Es evidente. Hasta ahora tus defectos, tus faltas, tus.... no acabo porque no digas que soy desatenta, han sido un secreto de familia.... pero vas á representar á la nacion; la prensa te tomará por su cuenta, y serás el blanco de todos los mosáicos, y de todos los epigramas. El *Charivarí* sólo es capaz de hacerse con un millon de suscritores á tu costa.

Vallier. Y qué me importa!... Con tal que eso no me impida hacer mis negocios.

Juanita. No podrás toser ni estornudar, sin que leas al dia siguiente en diez periódicos: El apreciable señor Vallier tose, el sabio diputado por Gonesse estornuda.

Vallier. Eso es muy natural.

Juanita. Y si por casualidad en una discusion acalorada te causa el discurso de un colega el mismo efecto que el duo de los Puritanos?

Vallier. En ese caso tendrá la culpa el colega. Tanto peor para él.

Juanita. Hay mas: el corte de tu frac, tu modo de andar, tu peinado, tus orejas, tu cara, tu perfil, hasta el polvo de tus botas, y en fin, todo lo que forma parte de un representante de la nacion, todo será sometido á una minuciosa revista satírica y burlesca.

Vallier. Y si no basta una, que pasen dos.

Juanita. No podrás sufrirlo; convengo si quieres en que no son mas que pinchazos de alfiler, pero todo

el año, todos los dias, á cada momento.... acaban por matar.

Vallier. (*Frotándose las manos.*) Eh!... Si no cuentas mas que con eso para quedarte viuda.... eh! eh! eh!

Juanita. Allá lo veremos. Solo te falta ahora ser baron!

Vallier. Y por qué no! Soy de la madera de que los hacen. Te pesaria ser baronesa, angelito mio? eh! eh! (*La agarra la mano.*) Baronesita!

Juanita. (*Retirando la mano y levantándose.*) Vamos.... ya deben haber pasado los diez minutos.

Vallier. (*Sacando el reloj.*) En verdad que tienes razon.... (*Tomando el sombrero.*) No hay remedio, tengo que dejarte; pero tranquilízate, no tardaré en volver.

Juanita. Oh! no te incomodes: ya sabes que tengo pacienela.

Criado. (*Anunciando.*) La señora condesa de Montealegre.

ESCENA II.

DICHOS. Y JULIA.

Vallier. La condesa!... (*Saliéndola al encuentro.*) Disimulad, querida condesa, hubiera tenido mucho gusto en haceeros un rato la corte; pero debo ir á la cámara; me esperan en la cámara; tengo que hacer en la cámara. (*Julia le saluda con frialdad.*) Mi esposa os hará compañia; precisamente está de buen humor. Adios, condesa, adios, pichoncita, baro.... adios! eh; eh!... adios!... (*Al criado.*) A la cámara.

ESCENA III.

JULIA. JUANITA.

Julia. Con que le han nombrado diputado?

Juanita. Si, han hecho esa obra maestra: uno de tantos! Supongo que venis á anunciaros, que asistireis esta noche al baile? Desde luego os advierto que no admito escusas.

Julia. Vendré. El conde me lo ha mandado á decir.
Juanita. Os lo ha mandado á decir!
Julia. Por su sobrino.
Juanita. Os lo ha mandado á decir.
Julia. Salió para ir á comer á casa de su embajador coo Fernando, que ha recibido el despacho de secretario de embajada. Desde allí se dirigirán aqui en derechura. Yo vendré sola: pero antes he querido verte sin testigos. Neeesitaba hablarte: eres mi única amiga, y mi madre está tan lejos!...
Juanita. Qué teneis? parece que estais triste?
Julia. Juanita, tú me profesas un cariño verdadero, y muchas veees me has dado á entender que deseabas que le pusiese á prueba; vengo á pedirte un favor.
Juanita. Hablad.
Julia. Un favor del que depende la tranquilidad de mi vida.
Juanita. Os le haré, aun cuando me costára la de la mia.
Julia. Cuán buena eres!
Juanita. Qué debo haeer?
Julia. Guardo aqui un seereto.... un secreto fatal.... y este seereto....
Juanita. No le digais.... le sé.
Julia. Le sabes!... Es verdad, tú tambien le amabas.
Juanita. No. Creia amarle, como ereia que él me amaba, pero sin reflexionar mucho sobre ello.... Era tan loca y tan aturdida entonces! No es decir que ahora no lo sea; pero tengo esperiencia, y la aventura del retrato no podia dejarme duda alguna acerca.... de vuestra desgracia. Pero el conde no sospechará nada?
Julia. Ah! si, no puedo dudarlo ya.
Juanita. (*Con interes.*) Os lo ha dicho?
Julia. (*Con abatimiento.*) No: no me habla. En estos tres dias apenas le he visto. Cuando levanto los ojos hácia él, se vuelve como si estuviera impaciente, siendo asi que antes su bienhechora mirada buseaba siempre la mia. Cuando se acerca, no lo hace con la sonrisa en los labios. Su tono es frio, ceremonioso. A la hora en que por precision debemos en-

contrarnos, está siempre presente un tercero, su sobrino, al que asi se lo habrá prevenido. Muchas veces he intentado hacerle romper ese silencio que me aterra, y me ha mirado con una espresion, en la que no se sabe si es la cólera ó el desprecio lo que domina, y que al parecer dice: Te atreverás?... y no me he atrevido; delante de él tiemblo, me avergüenzo como si fuera culpable. Ah!... bien sabe Dios que no lo soy. Por qué, pues, castigarme, y castigarme tan cruelmente! Ah! si esto debiera durar, conozco que el pesar acabaria conmigo!

Juanita. Pobre Julia! si, tiene sospechas, celos, y celos de español, silenciosos hasta que hieren! No os desanimeis sin embargo, todo se compondrá: vos tenceis la conciencia limpia, que es lo esencial. De lo que ahora debemos tratar es de destruir sus sospechas.

Julia. Pero cómo?

Juanita. Eso corre de mi cuenta. Solo exijo de vos que recobreis la serenidad y el sosiego que estais en derecho de poseer.

Julia. Puedo acaso? si al menos me hablara!

Juanita. Oh! yo le haré recobrar la palabra: respondo de ello.

Julia. Qué feliz eres en poder mirarlo todo asi.... tan superficialmente.

Juanita. Superficialmente. Nunca he estado tan séria como ahora: porque los celos del señor conde no deben mirarse con indiferencia; los de mi marido pase, provocan á risa.... son ridículos.... pero aquellos pueden costar sangre.

Julia. Qué dices?

Juanita. Oh! nada, estoy loca.... son cosas de una novela que leí ayer.... Pero volvamos al objeto de vuestra visita. Qué quereis de mí?

Julia. Queria suplicarte que le escribieras.

Juanita. Facil es.

Julia. Me han dicho que vuelve.

Juanita. Y qué?

Julia. Quisiera que retardase su venida por mi, y si este sacrificio le fuese demasiado penoso, porque

deseara abrazar á su madre, dile, ¡pobre Enrique! que le suplico que no haga por verme, que en ello pende mi reposo y mi felicidad.... que estoy casada, que aprecio, que amo á mi marido, que nada en el mundo me haria faltar á mis deberes, en fin, que soy feliz.... si, dile esto tambien por si puede ser un motivo mas para que huya de mi. Díselo.... ah! (*Su emocion no la permite continuar.*)

Juanita. Bien, bien, se lo escribiré; pero en nombre del cielo sosegaos. Esas lágrimas.... si os viesen!

Julia. Ah! es verdad; no me queda ya ni aun el consuelo de llorar.

Juanita. Si, si, pero sea cuando estemos seguras de no ser sorprendidas, cuando estemos solas, encerradas; y entonces tal vez no seais vos únicamente la que llore. Pero serenaos, sed razonable, tened valor.... yo le escribiré. Ah! se me iba á olvidar.... Desconfias de Fernando?

Julia. De Fernando?

Juanita. Si: presumo y con fundamento que á él debemos la deplorable aventura del retrato. Aunque preparado aparentemente contra mi, el lazo estaba tendido para vos, no lo dudeis. Si, Fernando es vuestro enemigo; y quien dice vuestro, dice mio. Pronto tendrá que habérselas conmigo; pero yo le haré la guerra en regla, os lo prometo.

Julia. Te espones demasiado, si es tan peligroso como dices.

Juanita. Peligroso? Para mi ya no lo es tanto desde que le conozco, y ademas soy muger; nuestra causa es buena, sabremos hacerle frente, no temais. Vamos, sosegaos: desechad esa tristeza: aprestaos á cautivar los corazones de cuantos asistan al baile. Y sobre todo, haced de modo que el conde os encuentre serena y tranquila: es preciso.

Julia. Lo haré. (*Arrojándose en sus brazos.*) Ah! amiga mia, qué seria de mi si no te tuviese al lado.

Juanita. Otra vez! Vamos, serenaos que viene gente.

ESCENA VI.

DICHOS. UN CRIADO.

Juanita. Que buscais?

Criado. Un caballero me ha dicho que pase recado y que averigue si mi señora está visible.

Juanita. Un caballero? pero quién es?

Criado. No le conozco.

Juanita. Ha dicho su nombre?

Criado. No señora: ha sido tal la prisa que me ha da dado, que no se me ha ocurrido preguntárselo.

Juanita. Pues id á saberlo, y volved con la respuesta. (*Vase el criado.*)

Julia. Adios: te dejo para que recibas la visita.

Juanita. Si no quereis que os encuentren aqui, pasad por mi tocador, y podreis salir por la otra escalera. Teneis los ojos encendidos y hareis bien en no dejaros ver asi.... Vamos, un poco de reflexion y sed razonable si no quereis que riñamos.

Julia. (*Apretándola la mano con cariño.*) Tus consejos me prestarán valor. (*Vase.*)

Juanita. Pobrecilla! Ah! si los que envidian tu situacion y riquezas supiesen cuan caros te cuestan, á buen seguro que deseasen trocar tu suerte por la suya, aunque fuese muy desgraciada. (*Al criado que sale.*) Y bien?

Criado. Ese caballero ha dicho que se llama Enrique Lubert.

Juanita. Enrique! es posible! Enrique! que entre, que entre al instante.... Pobre Enrique! habrá visto á su madre sin duda, y le habrá dicho.... Qué golpe va á recibir!... Ya está aqui.... Tiene trazas de venir contento! no sabrá nada.

ESCENA V.

JUANITA. ENRIQUE.

Juanita. (*Saliendo á su encuentro.*) Enrique!... Querido Enrique!... vos aqui!

Enrique. Juanita.... Señora....

Juanita. Señora! no, no. Juanita, siempre Juanita para vos. Que es esto no me dais un abrazo?

Enrique. Oh! con todo mi corazon.

Juanita. Quién os ha dicho mi casa?

Enrique. Mi madre. Ha sido la primera á quien he ido á abrazar como era justo.

Juanita. Sí por cierto: pobre tia mia, cuánto se habrá alegrado!

Enrique. En seguida no he tenido mas que el tiempo preciso para mudar caballos y venir aqui.

Juanita. Segun eso habeis llegado hoy mismo?

Enrique. Hará algunas horas solamente.

Juanita. Y no habeis estado mas que en casa de vuestra madre antes de venir aqui?

Enrique. Pensaba haber subido á ver al marqués. Le debo tantos favores!

Juanita. Y no lo habeis hecho?

Enrique. Mi madre me dijo que estaba ausente con la familia: no ha podido decirme donde á punto fijo, pero me ha asegurado que tú lo sabias.

Juanita. (*Aparte.*) Segun veo he de ser yo la que se lo diga...

Enrique. Con que date prisa, querida Juanita.

Juanita. (*Aparte.*) Bien sabe Dios que no sé por dónde empezar.

Enrique. En qué piensas?

Juanita. En qué pienso? (*Señalando al confidente.*) En que vengais á sentaros ahí conmigo para oirlo.

Enrique. No hay necesidad. Unas señas estan dichas en cuatro palabras.

Juanita. Unas señas, sí; pero es que tengo que contaros otras cosas ademas.

Enrique. Oh! te advierto que no ignoro nada de lo que te concierne, y ahora que se habla de ello, te pido perdon por no haber empezado mi saludo dándote la enhorabuena.

Juanita. Mil gracias, estais perdonado... pero venid á sentaros sin embargo.

Enrique. Como gustes, pero suplico que te despaches.

Juanita. (*Aparte.*) Vamos. (*Alto.*) Escuchad, Enri-

que; vos sois un hombre de valor, el sacrificio que hicisteis hace tres años cuando os espatriasteis, es una prueba de que sentis en vos bastante energía y generosidad para hacer por la que amais un sacrificio mayor y mas costoso aun que aquel si fuese necesario.

Enrique. Qué quieres decir? No te entiendo.

Juanita. Lo sé todo, amigo mío; sí, sé que á mi nunca me profesasteis mas que lo que yo os profeso en el dia, una amistad franca y sincera. Vuestro amor, querido Enrique, vuestro amor quien lo poseia era la mas noble de vuestras dos compañeras de infancia, Julia de Roubigné.

Enrique. Tu lo sabes?... pues bien, para qué ocultartelo por mas tiempo; sí, la amaba con ceguedad, con idolatría. Con que objeto quieres que hubiese ido yo á buscar á otra parte honores y riquezas? Con el de adquirirme el derecho de que mi amor no fuese un secreto. Y ese derecho le he conquistado por fin! Sí, en el dia puedo amarla á la faz del mundo. La suerte parece que ha adivinado mis deseos, y se ha complacido en mostrárseme risueña: no es una riqueza igual á la suya la que vengo á ofrecer á las justas exigencias de su padre, sino una riqueza que raya en la opulencia, y que hará desaparecer el abogo en que en el dia se encuentra esa familia, porque todo lo sé; en el dia esa casa ilustre no es ya lo que era: Julia es pobre ahora.

Juanita. Estais en un error, amigo mio.

Enrique. Cómo?

Juanita. Julia no es pobre: es por el contrario rica y muy rica...

Enrique. Mi madre me ha asegurado sin embargo....

Juanita. Verdad es que ha habido algunos trastornos en la familia, pero...

Enrique. Qué?

Juanita. (*Cogiéndole la mano.*) Decid, Enrique, si vuestra pobre madre, la virtuosa Mariana, se hubiese visto en el mayor abandono, en una carencia absoluta de todo, enferma, desesperada, casi muerta, si para salvarla, escuchadme bien, si para salvarla, os hubiera sido preciso sacrificar aun mas

que vuestra vida... vuestro amor por ejemplo.

Enrique. Qué oigo?

Juanita. Vamos, decid... qué hubiérais hecho vos que sois tan buen hijo, tan amante de vuestra madre?

Enrique. Oh! Dios mio!... luego está casada?

Juanita. Enrique!

Enrique. (*Levantándose.*) Casada!... ah! no me amaba!... no, nunca me ha amado.

Juanita. (*Levantándose tambien.*) Pluguiera al cielo! Menos digna de lástima seria ahora.

Enrique. Julia muger de otro! ah! esta idea me mata! Engañarme así cuando no vivia mas que por ella: engañarme á mí que abandoné por ella á mi madre y á mi patria! Ah! es una accion infame!

Juanita. Enrique, no os he dicho que es desgraciada?

Enrique. Desgraciada!... al contrario, es rica y muy rica!

Juanita. Ah! Vos mismo conoceis en este momento que la dicha no se cifra en eso solo.

Enrique. Oh! es que sufro tanto!

Juanita. Y por eso sois injusto.

Enrique. Injusto!

Juanita. Sí, injusto, como quizás ningun hombre lo fué nunca!... Julia os ama aun, sabedlo: y ese amor... ese amor puede perderla, sabedlo tambien... Su marido!

Enrique. Su marido?

Juanita. Es un hombre honrado, noble, generoso; Julia es su ídolo; pero á pesar de todo cuanto ha hecho por llegar á ser amado, conoce que nunca lo conseguirá. En el diá tiene ya sospechas de vos: en fin, el conde de Monte-alegre es español, está celoso, y su venganza seria terrible si llegase á averiguar que lo que sospecha es cierto.

Enrique. Pensais que me falta á mi valor por ventura?

Juanita. Quién os dice que yo tiemblo por vos? No, es por ella, por esa desgraciada muger... Sabed... Oh! es una cosa horrible... y que debeis pedir al cielo que ella no sepa... Su primera muger, la primer muger de ese hombre, le engañó... y él la dió

muerte... Dios mio! no os aterra la idea de que pudiera matarla á ella tambien!

Enrique. Matarla!

Juanita. Y ahora, Enrique, dudareis todavia?

Enrique. (*Abatido.*) Ah!... tú has agotado mi energia. Es decir que ya no hay esperanza ni porvenir para mí, que todos mis sueños de felicidad se han desvanecido para siempre.... y ni aun vengarme.... ni aun vengarme puedo porque la mataria!... Escucha Juanita... quiero marcharme otra vez... sí, es preciso que me aleje de aqui, que me espatríe de nuevo y para siempre ahora... Pero prométeme al menos cuidar de ella... júrame salvarla y amarla siempre en nombre mio... que cuando él no esté á vuestro lado, cuando entre vosotras dos no haya mas que Dios para oiros, dediqueis una lágrima, un suspiro al pobre proscripto, cuya única esperanza en adelante será que no le olvidareis en vuestros suspiros ni en vuestras lágrimas!

Juanita. Acepto en nombre de Julia el nuevo sacrificio que vais á hacer por ella, generoso Enrique... hoy mismo lo sabrá de mi boca...

Enrique. Cómo? Luego quieres que me marche sin volverla á ver una vez al menos, una sola? Oh! no, tú no exigirás eso de mí, no es verdad!

Juanita. Su sosiego para lo sucesivo, la prudencia lo exigiria, sin embargo.

Enrique. La prudencia!... no, es imposible... Cómo he de marcharme sin volverla á ver, cuando no se ha apartado de mi pensamiento un solo instante de mi vida!... ah! eso seria pedir á mi valor mas de lo que puede dar!... Pídeme que arrostre la muerte, que atente contra mi vida, pero eso, oh! no, no, no lo esperes.

Juanita. Enrique!

Enrique. La veré, sí, es preciso que la vea; es preciso que oiga de mis labios todo lo que he sufrido, todo lo que voy á sufrir aun lejos de ella! Tú no lo ignoras, puedes conocerlo por mis lágrimas, por los sollozos que ahogan mi voz, cuando aun no hace un instante entré aqui radiante de alegria!.... pero ella...

Juanita. Aguardad. Bien mirado, tal vez con una marcha precipitada no conseguiríamos en realidad el objeto que nos proponemos. Estamos entre dos fuegos, arrostremos el uno para evitar el otro, la verás.

Enrique. Ah!

Juanita. Pero oid, por qué y bajo que condiciones. Confiar en que el conde ha de ignorar vuestro regreso, seria una locura; no faltaria quien le dijese que habiais estado aqui, y que la condesa habia venido tambien sola á mi casa. El misterio y el recato solo servirian para acrecentar las sospechas y dar á entender que estabais concertados los dos.

Enrique. Dices bien.

Juanita. Esta noche tenemos reunion y baile; Julia concurrirá á él, venid vos tambien.

Enrique. Sí.

Juanita. Espero que tendreis bastante imperio sobr vos mismo para saberos dominar en presencia de conde y de Julia.

Enrique. Te lo prometo.

Juanita. Por lo que á ella hace, yo me encargo de escribirle y prepararla, porque sus menores acciones son observadas en el dia.

Enrique. Pobre Julia!

Juanita. (*Escribiendo.*) Pedireis permiso al conde para presentaros en su casa. Iremos juntos. Hareis saber allí vuestra próxima marcha con cualquier pretesto que ya buscaremos... con el de un casamiento, si os parece; sí, con el de un casamiento contratado en provincia... me parece muy buena escusa. (*Llama.*) Sed prudente hasta entonces y desconfiad de todo el mundo, escepto de mí; medid vuestras palabras, sobre todo, cuando hableis delante de un tal Fernando sobrino del conde. Es enemigo de Julia, su enemigo mortal... yo os contaré lo que ha hecho. (*Al criado que sale.*) Llevad al instante esta carta á la condesa de Monte-alegre. (*Levantándose.*) Hablemos ahora de otra cosa; es asunto mucho menos trascendental, y no será malo que nos ocupemos de él para distraer la imaginacion. Mi marido tiene tambien celos.

Enrique. Y de quién?

Juanita. De vos; y como sus celos por lo mismo que no son justos pueden contribuir algun tanto á desviar de su verdadero objeto á los del conde, lejos de desvanecerlos debemos procurar escitarlos y darles pávulo. Por consiguiente, señor mio, ved de hacerme la corte desde este momento, y de mostraros conmigo lo mas derretido que podais; en fin, de amarme como un loco, delante de gente, se entiende.

Enrique. Pero no adviertes que eso pudiera comprometerte?

Juanita. Comprometerme? Pues qué, creeis que puede nadie comprometerse con mi marido? No, no tendré ni aun esa satisfaccion. Todo lo mas que conseguiré será hacerle rabiar un poco, y la salvacion de Julia no me parece cara á ese precio.

Vallier. (*Dentro.*) Vamos, irse despachando á encender las arañas.

Juanita. Héle aquí, empecemos nuestro papel.

ESCENA VI.

DICHOS. VALLIER.

Vallier. (*Saliendo.*) Eh! otro negocio en forma. Calla, quién será este caballerete? algun otro moscon quizá. (*A Enrique.*) Caballero, era á mí?

Juanita. Cómo, no habeis reconocido al original de nuestro retrato, á Enrique Lubert?

Vallier. Ah! el señor es... Enrique.

Enrique. El mismo, querido primo.

Vallier. Primo, primo...

Juanita. Ya ves que los muertos por el amigo Fernando se mantienen buenos y sanos.

Vallier. Sí, sí, ya me apercibo... ciertamente... y me doy la enhorabuena. (*Aparte.*) Me ha dejado helada la visitita.

Juanita. (*A Enrique.*) Ved si os decia bien, que mi marido tendria sumo gusto en conoceros. (*A Vallier.*) Debeis estarle muy agradecido, amigo mio; su primer visita ha sido para nosotros.

Vallier. De veras? (*Aparte.*) No deja de ser eso satisfactorio para mí.

Juanita. Verdad que parece cosa de brujeria que haya llegado precisamente el dia en que nosotros damos baile? Cualquiera diria que estaba dispuesto para celebrar su regreso. Luego dirán que no se debe hacer caso de corazonadas ni simpatías.

Vallier. Sí, es muy singular en efecto... la simpatía. (*Aparte.*) Y es lo bueno que ella ha sido la que ha elegido el dia.

Juanita. No quiero deteneros mas, Enrique; tendreis que vestiros y yo tambien necesito pensar en mudar de traje. La modista me ha hecho un vestido que me está clavado, ya vereis... Ah! no echeis en olvido que me habeis prometido abrir el baile conmigo.

Vallier. (*Aparte.*) Pues, señor, bueno vá.

Enrique. Hasta despues, hermosa Juanita.

Vallier. (*Aparte.*) Hermosa Juanita! bravísimo!

Enrique. (*Saludando á Vallier.*) Caballero...

Vallier. Servidor vuestro...

Juanita. Calla! Y os vais sin darme un abrazo.

Vallier. Cómo?

Juanita. Que os detiene? la presencia de mi marido? Me parece que porque me hayais abrazado cuando no estaba él delante, no es razon para que no hagais otro tanto cuando él está presente.

Vallier. Qué? qué dices?

Enrique. Una vez que el primo lo permite. (*Abraza á Juanita, saluda de nuevo á Vallier, y vase.*)

ESCENA VII.

VALLIER. JUANITA.

Vallier. Caballero... uf!.... oh!.... se acabó.... yo me ciego... pierdo los estribos... Señora?

Juanita. (*Con la mayor indiferencia.*) Eh!.... qué quieres? qué hay?

Vallier. Lo que hay? lo que hay? Sabed señora...

Juanita. Ah! otro arrebato. Siento en el alma no tener tiempo para escucharte, amigo mio, porque en

estos momentos estás divino. Pero el peluquero me aguarda hace una hora. A Dios, hasta luego, y procura que para cuando entres en el salon te se haya pasado el sofoco, porque si me miras entonces con esos ojos de Otelo, creerá la gente que estamos en carnaval y se echará á reir. Ah! ah! ah!...

ESCENA VIII.

VALLIER, *solo y siguiéndola.*

Señora! Señora! Señora! (*Le dá con la puerta en los hocicos.*) Esto mas! Qué audacia! Añadir el insulto á... que sé yo como llamar esto? Creo que ahora no se atreverá nadie á decirme que me engaño! esta vez me he comido la partida... y muy á tiempo... Oh! pero ello no ha de quedar asi... mañana mismo me separo... sí, voy corriendo á casa de mi amigo el portero de la audiencia. (*Desde la puerta del tocador.*) Oh! reid, reid ahora, señora mia; mañana (*Gritando.*), mañana serán las lágrimas... Qué horror!

ESCENA IX

VALLIER. MONTE-ALEGRE. FERNANDO.

Monte-alegre. (*Al salir.*) Qué es eso, amigo Vallier.?

Vallier. Ah! querido conde! Amado Fernando!

Fernando. Qué teneis, decid?

Vallier. Tengo... tengo... lo que apostabais que no tenia... es decir, que he sido engañado del modo mas... Oh! lo que es ahora, está mas claro que el sol que nos alumbra, quiero decir que las luces que nos alumbran... es cosa que se salta á los ojos! Qué infamia!

Fernando. (*Riendo.*) Ah! ah! nuevas sospechas...

Vallier. Sospechas, eh? os digo que está aquí!

Fernando. Quién?

Vallier. Quién ha de ser? él, él... ese vigardo, ese..

Su primerité visita ha sido para ella como era natural.

Fernando. Ah!

Vallier. Sí! los he sorprendido juntos.

Fernando. (*Con seriedad irónica.*) Es posible!

Vallier. Sí señor; y la ha abrazado!

Fernando. Pero, hombre... un primo.

Vallier. Oiga! con que un primo.... es decir que en siendo primos.... muchas gracias!... Pero vos no me haceis caso, querido conde.

Monte-alegre. Si tal, si tal; Enrique Lubert está de vuelta, ya lo he oido: ha visto á vuestra muger.

Vallier. Y la ha abrazado!... dos veces!... y quiere abrir el baile con ella; y quieren que yo lo consienta.... y.... Mirad, conde, aconsejadme por Dios! Sois español y debeis saber como nadie el modo de mantener ileso el honor de un marido, el modo de vengarse.... porque yo tengo sed de vengarme.... un poco mas tarde, sin embargo; pues ahora quiere mi maldita estrella que me tenga que ir á poner unas medias de seda y zapatito y clac. Van á venir el presidente de la cámara.... tres ó cuatro pares y no es cosa de recibirlos asi.... Ah! y una cita que se me olvidaba, una cita para cierto asuntillo que tengo pendiente, y que segun se presenta me ha de valer muy buenos cuartos.... esa perra me lo va á desbaratar. Aqui teneis.... un hombre se mata.... para qué? para que se le vengan á reir en sus barbas y le abracen á su muger.... Yo me voy á volver loco.... pero no.... me voy á poner las medias de seda. (*Al marcharse.*) Oh! mugeres! escorpiones! (*Vase hablando entre dientes.*)

ESCENA X.

MONTE-ALEGRE. FERNANDO.

Monte-alegre. Habrá majadero mas solemne!

Fernando. Hum! hum! quizas tiene mas razon de la que vos pensais, tio mio. Los términos en que está concebida la carta que acaba de caer en nuestras manos, y en la cual anuncia su muger á la conde-

sa el regreso de Enrique.... dan á entender bastante....

Monte-alegre. (*Con frialdad.*) Los términos de la carta parecen mas bien previstos para el caso en que llegase á ser interceptada.

Fernando. (*Con trivialidad.*) Eso es suponer demasiado talento en una muger frívola y ligera....

Monte-alegre. Es suponerla el que tiene ni mas ni menos: Julia ha venido aqui esta mañana. Vuelvo á decirte que las dos están de inteligencia.

Fernando. Y yo persisto de nuevo en no creerlo; tal conducta seria abominable.

Monte-alegre. Bien está; no hablemos mas de ello.

Fernando. Pero no juzgais prudente al menos hacer llegar esa carta á manos de la condesa.

Monte-alegre. No.

Un criado. (*Anunciando.*) La señora condesa de Monte-alegre.

ESCENA XI.

DICHOS. JULIA.

Julia. (*Aparte al salir.*) El conde!

Fernando. (*Saliéndola al encuentro.*) Tan pronto aqui, querida tia! Habeis adivinado por ventura que el conde estaria hoy libre á estas horas?

Julia. Os confieso que temia al contrario, que hoy le detuviesen mas tiempo. (*Pausa.*) He venido por Juanita que me habia enviado á llamar....

Fernando. Y nosotros nos damos el parabien de que os hayais apresurado á complacerla; pues asi nos habeis proporcionado el placer de ser los primeros en veros tan hermosa y bien adornada.

Julia. Pues no parece sin embargo que el conde es (*El conde la mira y ella no se atreve á continuar.*) hoy de la misma opinion. Sus miradas me aterran.

Fernando. Reflexionándolo bien, la esposa del amigo Vallier merece que hagan por ella algo mas que por las otras: es la amabilidad suma, y os profesa una sincera amistad.

Julia. Sí, sincera y verdadera, cosa rara en estos

tiempos. Su amistad es un consuelo, una felicidad para mi, (*El conde la mira otra vez.*) y doy por lo tanto gracias al conde de no haberme privado de ella.

Fernando. Nosotros lo padeceriamos ahora, si no lo hubiese hecho asi, porque no hubiésemos tenido el placer de admirar el gusto y elegancia de vuestro vestido. Esta noche vais á eclipsar á todas las hermosas sin la menor duda.

Julia. Me envanecen poco esos triunfos.

Fernando. No he visto prendido hecho con mas gusto ni delicadeza: no es verdad, tio mio?

Monte-alegre. En efecto.

Julia. Me habeis echado en cara tantas veces que no hacia caso de vuestros regalos!...

Monte-alegre. Eso es decir que ha sido por causa mia únicamente por lo que habeis renunciado á vuestra sencillez habitual. Os estoy muy agradecido por ello, condesa.

Julia. Conde....

Fernando. Ah! aqui viene la reina del baile. Prodigio parece la metamorfosis de esta muchacha. Duquesas conozco yo que no saben presentarse tan bien.

ESCENA XII.

DICHOS, JUANITA.

Juanita. (*Acabando de ponerse los guantes.*) Buenas noches, Julia mia.... señor conde.... Ah! os debo un millon de gracias por la prisa que os habeis dado de venir á favorecerme.... Si no me engaño estabais hablando!... (*A Fernando.*)

Fernando. Decia, lo que otros mil dirán dentro de poco, que estais seductora.

Juanita. Seductora, hechicera, adorable! No teneis mas palabras que esas para hacer el galante? pues, amiguito, eso ya va siendo monótono.

Fernando. Ah! veo que esta noche venis poco generosa. Habreis tenido alguna contrariedad y quereis que yo, pobre de mi, lo pague ahora.

Juanita. Pobrecito inocente!... Inocencia ministe-

rial!... Si señor, estoy disgustada en efecto: y si he decir verdad, es aun mas, estoy pesarosa.

Fernando. Ay! Dios mio! os ha faltado á la palabra la modista por ventura?

Juanita. Muy bien; quereis desquitaros. Nos declaramos la guerra?

Fernando. Dios me libre. No me juzgo con fuerza suficiente.

Juanita. Qué pensais de esto, señor conde?

Monte-alegre. Yo, señora, deseo permanecer neutral.

Juanita. Eso es; como la Francia con la España: pues bien, aunque no apruebo mucho esa conducta, os cojo la palabra; y si las hostilidades se formalizan os la recordaré á su tiempo, ni mas ni menos que hace la España. Pero, dónde anda mi marido?

Fernando. Se ha separado de nosotros para ir á vestirse. Está furioso contra vos.

Julia. Todavia?

Juanita. Oh! si por cierto, y es el caso que por nada, por la cosa mas natural del mundo; como soy que se va haciendo insoportable. Al principio me dió por echar á risa sus celos; pero ahora van tomando tal carácter de pesadez y persecucion, que ya me molesta, y será preciso acabar con esa ridícula pasion. Oh! en este asunto hay un duende, un pariente de mi marido que es el que está haciendo todo el daño, y que yo sabré descubrir.

Fernando. Algun sobrino tal vez?

Juanita. Si señor, precisamente, un sobrino de Vallier. Es su único pariente, y si no hubiese sido por nuestro casamiento hubiera heredado con el tiempo todo el caudal de su tio. Ya podeis figuraros que no me verá con muy buenos ojos. Como no hemos tenido hijos por desgracia, no ha perdido aun las esperanzas, y se lisonjea con que suscitando la discordia en nuestro matrimonio logrará al fin de un modo ó de otro las riquezas que ha perdido por mi causa.

Fernando. Preciso es convenir entonces, señora, que existe una analogia sorprendente entre vuestra situacion y la de la condesa. Yo soy sobrino del señor de Monté-alegre, y á no haberse vuelto á ca-

sar hubiera sido tambien su único heredero. No habeis hecho alto nunca en esta analogía?

Juanita. Oh! buena diferencia va, vos sois tan desinteresado como nuestro sobrino está lejos de serlo. Teneis sentimientos bastante nobles para no haber visto mas que la felicidad de vuestro tio en la nueva union que ha contraido, y lejos de hacer nada que pudiese alterar en lo mas mínimo la armonia que reina en su familia, estoy cierta de que emplearíais todos vuestros esfuerzos para conservar esa buena armonía en el caso de que vuestro auxilio fuese necesario.

Monte-alegre. Tengo el gusto de oir que le haceis justicia, señora.

Juanita. Nunca lo he dudado, y he felicitado siempre á Julia por tener al lado de su marido un sugeto que tanto la estima, y que tanta adhesion os manifiesta. (*Julia.*) Qué tenels, Julia?

Julia. Nada... un vahido... hace tanto calor aqui.

Juanita. Venid á este balcon, el aire del jardin os hará bien... No la acompañais, señor conde?

Fernando. (*Bajo á Juanita.*) Ya habreis conocido que os he entendido desde la primer palabra.

Juanita. (*Idem.*) Asi lo esperaba. Guerra abierta, señor mio. El cielo decidirá entre los dos.

ESCENA XIII.

DICHOS. ENRIQUE. UN CRIADO.

El Criado. (*Anunciando.*) Monsieur Enrique Lubert.

Juanita. Ah! gracias á Dios.

Monte-alegre. (*Cogiendo la mano de Julia que está trémula.*) Os sentis peor, Julia?

Julia. (*Tartamudeando.*) No señor, no.

Fernando. Al contrario. El aire del jardin debe haberla probado bien, porque ha vuelto á recobrar de pronto todos sus colores.

Juanita. (*Aparte.*) (Habrá hombre mas inicuo!... pero Julia se turba cada vez mas... Qué es esto? Si no habrá recibido mi carta?... Estaremos ya en ese caso?) (*A Enrique.*) (Acudamos en su auxilio.)

(*Coge á Enrique por la mano y le lleva hasta donde está el conde, el cual se aparta del balcon.*) Señor conde, tengo el gusto de presentaros á Enrique Lubert, primo mio, y compañero de infaneia de la condesa; confio en que le hareis una buena acogida, no solo por mí, sino por la predileccion y cariño que le ha demostrado siempre la familia de Julia.

Enrique. Habia pensado pasar mañana á haceros una visita, para presentarme á la hija de mis bienhechores, y recordarla mi gratitud al paso que la daba el parabien por su enlaee.

Julia. (*Con voz conmovida.*) Os doy las gracias, señor Enrique, en nombre mio y de mi familia; pero no hay porque nos esteis agradeeido, nosotros mas bien debemos estarlo á las bondades de vuestra escelente madre, y por mucho que hieiéramos nunca podriamos pagárselas.

Monte-alegre. Caballero, la condesa es enteramente dueña de recibir en su easa á las personas que sean de su agrado; mi puerta estará abierta siempre para vos, si es esa su voluntad.

Juanita. No se puede decir menos, pero tampoco podiamos esperar mas. (*Bajo á Enrique.*)

Enrique. (*Señalando á Fernando que ha ido á sentarse en el confidente de la derecha y observa desde alli.*) Quién es ese jóven?

Juanita. El sobrino.

Enrique. (*Mirándole de alto á bajo.*) Ah!

Juanita. (*Reparando en su ira.*) Venid aqui, caballerito, os tengo reservada una sorpresa. (*Le lleva hácia el foro.*) Qué es esto, mirad?

Enrique. Nuestra granja.

Juanita. Justamente, he mandado que pongan aqui este cuadro para que nos recuerde siempre lo que hemos sido, y nos sirva de preservativo contra el orgullo... pero desgraciadamente mi marido... (*Continúa hablando con él en voz baja.*

ESCENA XIV.

DICHOS. VALLIER.

Vallier. (*A Fernando que es el primero á quien ve.*) Que tal!... (*Fernando le señala á Enrique y Juanita que están en el foro.*) Cómo, otra vez juntos!... Ah!

Fernando. (*Deteniéndole.*) Silencio, hombre!... no vayais á dar un escándalo. (*Levantándose.*) Hola, señor de Vallier. (*A esta voz se vuelven todos.*) Sabeis que mi tio está muy quejoso de vos.

Vallier. El conde? Estais quejoso de mí, señor conde?

Monte-alegre. Cómo? (*Separándose del balcon.*)

Fernando. (*A Vallier.*) Si por cierto, cómo se entiénde! hemos sabido que teneis un pariente, un sobrino vuestro; y no nos le presentais?

Vallier. Sobrino! Buen sobrino te dé Dios!... Si dijerais un pariente en sesto grado, un záfio, un patan de Bretaña, de quien jamás he podido hacer carrera... Y queriais que os le fuese á presentar... Yo mismo no suelo verle sino de ramos á pascuas.

Fernando. Lo habeis oido?

Monte-alegre. Perfectamente!

Vallier. Pero veamos... qué es ello en definitiva, esplicaos?

Fernando. Nada, nada; ya os lo diré despues.

Juanita. Suplico que me dejeis á mi ese cuidado, caballero, yo tambien estoy enterada del asunto

Vallier. Entonces, señora mia...

Juanita. Oh! lo que es por ahora, tenemos otras cosas en que pensar... (*Oyese el preludio de la orquesta del baile.*) Eh! lo ois? Apuesto á que el salon está ya lleno de gente, y no hay nadie para recibir.

Vallier. Si tal, si tal: tengo allí á mi cajero y dos escribientes.

Juanita. Un cajero para recibir nada menos que al presidente de la cámara de los Pares.

Vallier. Ay! Dios mio! es verdad, ya no me acordaba, vos sois la que me ha hecho perder hoy la cabeza.

Juanita. (*Deteniéndole.*) Aguarda, iremos todos. Vamos, señor conde, Julia, Enrique, el que me quiera bien que me siga... Con todos hablo... Fernando, os escojo para que me deis el brazo. El conde con la condesa; Enrique con Vallier, asi podrán hablar de su comercio; vos conmigo; oh! no quiero que os separeis de mi en toda la noche; es necesario que os aprovecheis del permiso que os han dado para hacerme la córte. (*Abren las puertas del foro y se descubren los bailarines distribuidos en tandas y dispuestos á empezar el baile.*

Fernando. (*Ofreciéndola el brazo.*) Señora, estoy á vuestras órdenes.

Juanita. (*Bajo y sonriéndose.*) Os he cogido.

Fernando. (*Idem.*) Por esta noche.

(*Se dirigen hácia el foro para entrar en el salon del baile. Vallier vuelve de pronto la espalda á Enrique cuando éste va á acercarse á él.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa un vasto dormitorio adornado por un estilo muy antiguo. En el fondo una alcoba á la francesa con cama y colgadura. A la derecha de la alcoba una puertecita abovedada y con cristales en su parte superior. A la derecha del actor una puerta-ventana que sale á un terrado, desde el cual se domina el jardin. Otra puerta á la izquierda que comunica con lo interior de la casa. En primer término, á la izquierda un tocador, sillones con funda, cordon de campanilla á la cabecera de la cama; otro al lado del tocador.

ESCENA I.

MONTE-ALEGRE. VALLIER. UN CRIADO.

(*El conde y Vallier van precedidos del criado que trae dos bugías encendidas, y las coloca encima del tocador, los dos primeros vienen en trage de camino con botas y espuelas.*)

Monte-alegre. Qué cuarto es éste?

Vallier. El de mi muger, (*Al Criado.*) no es verdad?

Criado. Si señor.

Vallier. Es grande y destartalado como toda habitacion antigua; nunca me ha hecho maldita la gracia... porque cuentan tales cosas acerca de él... en este dormitorio han sucedido un sinnúmero de catástrofes. (*Abriendo la puerta-vidriera que está al lado de la alcoba.*) Aqui teneis sin ir mas lejos una puertecita que da á una torre que en otro tiempo era oratorio, y mi muger ha convertido en biblioteca, lo cual, entre paréntesis, me ha costado muy buenos cuartos, en la cual torre, segun dicen, mu-

rió á manos de su marido una donosa castellana, porque cuando volvió él de Palestina supo...

Monte-alegre. Eh! dejaos de eso: hemos venido aqui para ocuparnos en esas tonterias?

Vallier. Teneis razon.

Monte-alegre. (*Al criado.*) Y la habitacion de la condesa?

Criado. Está situada al otro ángulo del castillo.

Monte-alegre. (*Consultando con un apunte.*) Hay en ella como en ésta alguna puerta que dé á un terrado?

Criado. No señor.

Vallier. No, no cabe la menor duda, no la hay. Por qué lo preguntais?

Monte-alegre. Por nada... A qué hora os han dicho que llegarian esas señoras?

Criado. No pueden tardar; la cena está encargada para las diez.

Monte-alegre. Venid entonces á avisarnos en cuanto lleguen.

Criado. Está bien, señor conde.

Monte-alegre. Y si teneis amor á la vida, no despleguels los labios sobre nuestra venida al castillo.... Vuestro amo quiere sorprender á su muger.

Vallier. Lo entiendes? quiero sorprenderla.

Criado. Sí señor.

Monte-alegre. Dejadnos solos.

Vallier. Sí, eso es... déjanos solos.

ESCENA II.

VALLIER. MONTE-ALEGRE.

(*El conde va á abrir la puerta del terrado y mira al jardin. En seguida entorna la puerta sin echar la falleba.*)

Monte-alegre. (*Aparte.*) (La escala está puesta... y la cita es á las doce.)

Vallier. Con que quedamos, amigo conde, en que hoy mismo me proporcionareis los medios de ven-

garme de la perjura, y de su maldecido primito?

Monte-alegre. Os prometo que hoy mismo será descubierta la verdad y castigada la culpable.

Vallier. Ah! me alegro en el alma; porque os aseguro que yo no puedo vivir así; no acierto á hacer cosa con cosa, ni á entablar un negocio, ni á cerrar un trato.... Ah! pero decid! y vuestro sobrino vendrá á reunirse con nosotros?

Monte-alegre. (*Paseándose*) Dentro de dos horas estará aquí con mi berlina de viage... Su herida le ha estorbado hacer el camino del mismo modo que nosotros.

Vallier. Yo lo creo... Al demonio se le ocurre tambien irse á pegar de estocadas cuando mas falta nos hacia!... y con quién? con un advenedizo.

Monte-alegre. (*Deteniéndose.*) Un miserable tuvo la audacia de hablar sin el respeto debido de la condesa estando él delante; es honrado y valiente y no podia vacilar.

Vallier. No por cierto... no por cierto; eso le hace mucho favor; pero aunque eso sea, qué diantres he de hacer yo ahora sin él?

Monte-alegre. (*Paseándose.*) Nada.

Vallier. Es decir que vos os encargais de todo!

Monte-alegre. De todo.

Vallier. Es posible!... Bien se deja ver que sois tio de vuestro sobrino, entonces... Cuando os empeñais en salir adelante con una cosa... Se conoce que está en la masa de la sangre... Estos sí que son un par de amigos!... Tomar á su cargo un asunto que maldito lo que les interesa! (*Monte-alegre se sienta sin hacer caso.*) Y qué diremos de la maña con que han sabido arreglar el asunto! Primero, inventan que tenemos que emprender un viaje para España con motivo de no sé qué empréstito, cosa que no puede ser mas verosímil, porque de todas las naciones del mundo, la España es sin disputa la que mas fácilmente contrata un empréstito. Verdad es que eso no quiere decir que sea la que pague con mas facilidad, pero á la corta ó á la larga todo se halla despues... Por sí ó por nó, yo he

vendido antes de marcharme todos los bonos de cortes que tenia... Ah! y en seguida me aconsejan á la perjura que venga á este castillo con la condesa á pasar en él el tiempo que dure nuestra ausencia; porque así se creerá mas libre, tendrá menos recelo de que la observen... Pero en lo que habeis dado mayor prueba de habilidad para urdir un enredo, amigo conde, ha sido en hacerme escribir desde Orleans, una carta que debe llegar á Paris con el sello del correo y hacerles creer nuestra salida para Bayona, justamente cuando tomábamos la posta para volver pies atras, y nos dejabamos caer aqui como llovidos... Vamos, si no teneis igual en esto de inventar recursos estratégicos. (*Monte-alegre impaciente se levanta otra vez y se dirige á la ventana.*) Qué es eso?... Habeis oido algo?

Monte-alegre. (*Volviéndose y con tono desabrido.*) No, pero me parece fuera del caso ponerme á escuchar lo que yo he hecho ó lo que otros han hecho por instigacion mia. Os ha entrado de poco tiempo á esta parte un prurito de hablar....

Vallier. Conozco que teneis razon; es vicio que se me ha pegado en las cortes.

Monte-alegre Siento pasos....

Vallier. De veras?... Ya me entra el temblor.... Ah! es Luis.

ESCENA III.

DICHOS. EL CRIADO.

Monte-alegre. Qué tenemos?

Vallier. Qué tenemos?

Criado. Las señoras acaban de llegar, han dicho que están muy fatigadas y que no cenarán. La condesa se ha recogido al instante para escribir al señor conde.

Vallier. Escelente muger!... A buen seguro que la mia haya tenido semejante pensamiento.... (*Al conde.*) Ah! Que dichoso sois, conde?

Monte-alegre. Quereis callar?

Criado. (*A Vallier.*) La señora ha acompañado á la condesa hasta su cuarto y no tardará en entrar aquí. (*A Monte-alegre.*) Teneis alguna otra orden que darme, señor conde?

Monte-alegre. No; volved cuando oigais tirar de esa campanilla, y no olvideis nada de lo que os tengo encargado. (*El criado saluda con respeto y vase.*)

Vallier. No olvides nada, lo oyes?

ESCENA IV.

MONTE-ALEGRE. VALLIER.

Monte-alegre. (*Mirando al reloj.*) Las once.

Vallier. Va á venir... Con que, qué quereis que la diga, eh?

Monte-alegre. La direis que os habeis franqueado enteramente conmigo.... que por consiguiente tiene que entenderse conmigo, sin admitir réplica alguna.

Vallier. Muy bien! entiendo vuestras miras.... temeis la violencia de mi caracter.... teneis razon, porque en realidad hay momentos.... Sí, sí, mas vale que vos os encargueis de interrogarla.... Lo que yo haré entretanto será....

Monte alegre. Marcharos.

Vallier. Hombre, sin oir nada!...

Monte-alegre. Sí, por cierto; solo con esa condicion consiento en seguir mediando en este asunto.... Os retirareis á vuestro cuarto, y no saldreis de él hasta que yo os lo advierta.

Juanita. Dadme esa luz. (*Dentro.*)

Vallier. Ahora si que no cabe duda que es ella?... Sube por la escalera escusada.

Juanita (*Dentro.*) Bien; id á ver si desea algo la condesa: yo no os necesito.

Vallier. Lo oís; despide á la doncella. Señal evidente de que aguarda á alguno!... Infame! Teneis razon, yo debo marcharme, porque estoy tal que haria seguramente un desatino!... (*Retíranse los dos hácia el foro.*)

ESCENA V.

DICHOS. JUANITA.

(*Juanita sale con una bujía en la mano; pone la llave por dentro, la echa dos vueltas, y corre ademas un pasador.*)

Vallier. (*Bajo al conde.*) Lo veis!... las dos vueltas!

Monte-alegre. Chist!

Vallier. Y el cerrojo ademas.... qué horror! (*Juanita coloca la bujía sobre el tocador. Vallier tropieza con un sitial.*)

Juanita. (*Volviéndose.*) Qué veo! (*Aparte.*) Todo se ha perdido. (*Vallier se acerca con lentitud, cruza los brazos y se queda mirándola fijamente. El conde la saluda con frialdad.*) Hola, aquí estabais, señores?... No sé qué pensar por cierto de un regreso tan rápido é imprevisto!...

Vallier. Ah! ah! no era á nosotros á quien esperabais, no es verdad, señora?

Juanita. (*Despechada.*) No, señor, no: confieso que no creia tener la dicha de volveros á ver tan pronto.

Vallier. La dicha.... pérfida!

Juanita. Quereis que os diga el fastidio?

Vallier. Señora....

Juanita. Creo que acabareis por hacerme pensar realmente lo que ahora acabo de deciros en chanza, si venis con la intencion de renovar las ridículas escenas de estos dias pasados: negareis que tendré razon para ello, señor conde?

Monte-alegre. El asunto que aquí nos trae es sumamente grave, señora.

Vallier. Sí, señora, muy delicado y muy serio.

Juanita. De veras? Pues entonces, señores, tendreis la bondad de participármele; pero os suplico sea mañana, porque esta noche me siento muy fatigada.

Monte-alegre. Sin embargo, espero que nos concedereis algunos momentos!

Vallier. Señora, mi amigo el conde tiene que hablaros.... contestadle como á mí mismo, es decir,

mejor que á mí mismo: le he dado mis plenos poderes.

Juanita. Pero, señores, esto es una tirania.... en fin, veamos, esplicaos, qué quereis? Vuestra venida misteriosa, vuestra entrada furtiva en mi cuarto, esa especie de emboscada, porque bien puede llamarse asi, me da á sospechar que esta sea alguna nueva trama contra una pobre muger indefensa, y espero que al punto se vea rota como de costumbre, para eterna confusion de su autor.

Monte-alegre. (*Con mucha frialdad.*) Allá lo veremos, señora.

Vallier. Allá veremos, señora.

Juanita. Oh! es imposible sufrir esto por mas tiempo. Estais en mi habitacion, señores; quereis dar lugar á que yo me retire?

Monte-alegre. No, señora; pero tranquilizaos; aun falta mucho para la hora.

Juanita. (*Desconcertada.*) Cómo?

Monte-alegre. (*A Vallier.*) Podeis dejarnos ya; esta señora consiente en oirme.... Tened cuidado de que no venga ninguno á turbar nuestra conversacion.

Vallier. Descuidad, yo respondo de todo. Señora.... señora, quedad con Dios. (*Vase con ademan trágico.*)

ESCENA VI.

JUANITA. MONTE-ALEGRE.

Juanita. (*Enteramente serenada.*) Podeis empezar, señor conde. Mi marido os ha encargado que me digais?...

Monte-alegre. Vuestro marido ya no está aquí, señora; ese enredo es por consiguiente inútil.

Juanita. Señor conde....

Monte-alegre. No debe seros difícil adivinar que no es de él ni de su parte de quien tengo que hablaros; porque sabeis que nadie mejor que yo aprecia en lo que vale la injusticia de sus sospechas respecto de vos.

Juanita. Entonces, señor conde, no acabo de comprender qué motivo....

Monte-alegre. No adivinais que lo sé todo, señora?

Juanita. Sabeis?

Monte-alegre. Sé.... que he sido engañado vilmente.

Juanita. Es una infame calumnia! Por todo lo mas sagrado para vos en el mundo creedme, señor conde, Julia es inocente.

Monte-alegre. Inocente!

Juanita. Lo juro.

Monte-alegre. Nunca he dudado de la amistad y cariño que la profesais; pero ahora veo que es tal, que os obligaria á cometer un perjurio. Eso es ya demasiado.

Juanita. Es decir que no me creeis.

Monte-alegre. (*Con mucha frialdad.*) No.

Juanita. No me creeis!

Monte-alegre. (*Enseñándola dos cartas.*) Recorred la vista por estas dos cartas. Una de ellas es de ese hombre; pide una cita; la otra es vuestra, en ella se le otorga la cita; la cita es aqui á las doce; y ha de venir á ella por ese terrado, subiendo por esa escala que está ahí, en el parage convenido.... ya veis que lo sé todo.

Juanita. Pero esas cartas....

Monte-alegre. Son copias exactas de las que han llegado á vuestras manos y á las suyas; porque el caso era que la cita se llevase á efecto, y asi ha sucedido.

Juanita. (*Despues de haber recorrido las cartas rápidamente.*) Caballero.,..

Monte-alegre. No conoceis su estilo y el vuestro? Por poco fiel que os sea la memoria, debeis reparar que no está cambiada ni una sola palabra de ambas cartas.

Juanita. (*Volviéndole las cartas.*) Veo que no han omitido nada de lo que pudiera perderme; porque esas cartas me pertenecen y acusan á mí sola, como que soy la única culpable y á la que deben acusar.

Monte-alegre. Sí, oh! vuestras precauciones estaban bien tomadas; para quien nada sabe, estas cartas no dicen en efecto mas que lo que vos quereis que digan; pero para quien sabe dicen mas. Y yo os repito que lo sé todo, que sé que es Julia la que ama

á ese jóven, y que ella es amada de él. Luego no puede ser á otra sino á ella á quien desee ver, y por quien vos habeis escrito.

Juanita. Por ella?

Monte-alegre. (*Con imperio.*) Por ella os digo; y muy luego voy á tener la prueba que me falta.

Juanita. (*Trémula.*) Escuchad, escuchad por Dios!... Sabreis la verdad, la verdad entera y completa... porque bien veo que es imposible engañaros.

Monte-alegre. Ah! con que convenis por fin en que queriais engañarme, en que es culpable?

Juanita. Culpable? Oh! no, yo no he dicho eso. No lo es, no, os lo juro por la salvacion de mi alma, pero os tuve miedo... (*Mirándole con temor.*) Porque os conozco, señor conde.

Monte-alegre. Me conoceis?

Juanita. Sí, sé hasta qué estremo pueden llevaros los celos... Vuestras manos están cubiertas de sangre, y en este momento quizás venis armado.

Monte-alegre. (*Con frialdad.*) Verdad es.

Juanita. Dios mio! Pensais matarla tambien.

Monte-alegre. A ella y á mí, si es culpable.

Juanita. Matarla á ella! á la mejor y mas virtuosa de las mugeres!... Luego vos no la amais ni la habeis amado nunca?

Monte-alegre. Que no la amo!... Ah! vos no podeis comprender, muger frívola y ligera, lo que es el amor para un corazon como el mio. Que no la amo! Y hubiera dado mi vida si hubiese sido necesario por labrar su felicidad, por conseguir su amor.... Dice que no la he amado nunca!... Señora, habeis visto alguna vez llorar á un hombre de caracter fuerte y lleno de energia como pudiera llorar un ser débil, un niño?... pues escuchad..., Cuando tuve el primer indicio de que me vendia. lloré yo asi, lloré de rabia, de desesperacion!... y aun decís que no la amaba! Mirad, mirad, ahora mismo se agolpan las lágrimas á mis ojos; y lloro, sí, lloro como una muger.... Oh! Julia! Julia!... Pero yo me vengaré, sí, me vengaré.... Lo he dicho ya, su sangre y la mia, si es delincuente!

Juanita. Ah! y él heredará; sí, hé ahi lo que él buscaba.

Monte-alegre. (*Dominándose de nuevo.*) Mirad lo que decís, señora; el modo de justificar á la condesa no es acusar á Fernando.

Juanita. Está bien, no le acusaré mas; no acusaré sino á mí propia, cuya fatal imprudencia ha originado todo esto.

Monte-alegre. (*Con severidad.*) Valiera mas que dijerais la verdad.

Juanita. La verdad es la que digo, caballero. Creedme en nombre del cielo. Julia lo ignora todo. Yo sabia hasta donde podia llevarle á él la desesperacion, si le negaba lo que me pedia.... pero yo hubiera presenciado la entrevista: era una despedida eterna.... y no crei qué eso fuese un crimen. Sin embargo, por mi parte habia renunciado. Sí, encontré á Julia como siempre, tan penetrada de sus deberes al ir á hablarle de la concesion que yo habia hecho en su nombre, que no tuve valor para decírselo.... os estaba escribiendo y nada la dije. Esta es la verdad, señor conde, la verdad, tal cual la diria á mi hora postrera. (*Mirando con recelo al conde que siempre continúa impasible.*) Oh! no me creeis aun?... Qué quereis que haga entonces para convenceros?

Monte-alegre. (*Con mucha frialdad.*) Voy á decíroslo. Ireis á rogar á la condesa que venga á acompañaros.

Juanita. Bien está.

Monte-alegre. Buscareis cualquier pretesto para cambiar de cuarto con ella.

Juanita. Cómo?... pero qué pretesto?

Monte-alegre. Oh! vos le hallareis; os sobra agudeza para ello. Yo me esconderé en esa biblioteca, desde donde podré verlo y oirlo todo.

Juanita. Esconderos.

Monte-alegre. Escuchadme hasta el fin. Ese hombre vendrá á las doce....

Juanita. Dios mio!

Monte-alegre. Si, como decis, la condesa es inocente y nada sabe de ello, me será facil conocerlo entonces.

Juanita. Pero es imposible, caballero.

Monte-alegre. Imposible?

Juanita. Quereis que yo os ayude á tender un lazo á Julia! que la deje aqui tranquila é ignorante de lo que pasa, cuando sé que vos estareis ahí armado, y armado contra ella, pobre muger indefensa! no, eso no será, ni puede ser, señor conde! preferiria morir á venderla y abandonarla tan vilmente.... Oh! es en vano que me mireis, no os tengo miedo ahora. No, no espereis que la llame. Daré antes voces; si es preciso, la gritaré que huya de aqui, que se acoja bajo la proteccion de las leyes.... estamos en Francia, caballero, y en Francia no es como en España, las leyes se hicieron para todos.

Monte-alegre. Pero si estais tan convencida de su inocencia, como decis, por qué temeis por ella? Podeis convencerme á mí tambien y os negais á emplear el único medio que teneis para ello! Reflexionad en lo que haceis; señora, vuestro terror la acrimina mas que todo lo restante, y vuestra negativa absoluta, lo oís? vuestra negativa seria quizas la causa de su muerte.

Juanita. Qué he de hacer, pues, Dios mio?... Escuchad, conde, estoy tan segura de ella como de mí misma.... sí, ella es incapaz de engañarme.... Vendrá.

Monte-alegre. Esa palabra la salva.

Juanita. (*Con tono de súplica.*) Pero y él que entrará aqui sin recelo alguno como ella.... él que la amaba antes que su cariño pudiese ser una ofensa para vos.... que acude á esa cita funesta fiado en una carta de una amiga, de una parienta suya, y que vendrá desarmado.... Oh! conde, es un hombre desarmado....

Monte-alegre. Como Julia sea inocente, él no me verá, os lo prometo. (*Pausa.*) Puedo llamar ya?

Juanita. Si señor.

Monte-alegre. (*Despues de haber llamado.*) Dejadme á mí dar la orden. (*Se dirige hácia la puerta de la izquierda.*)

Juanita. Bien. (*Aparte.*) Estoy segura de ella, y sin embargo, una palabra, una imprudencia. (*Alto.*) Señor conde....

Monte-alegre. Silencio, ya vienen. (*Al criado que sale.*) Decid á la condesa que la señora la suplica que venga un momento á su cuarto. Cuidado con decir una palabra mas. (*El criado saluda y vase.*) Qué vais á hacer?

Juanita. A cerrar esa puerta.

Monte-alegre. Por qué?

Juanita. El relente de la noche es perjudicial.

Monte-alegre. Al contrario si no entrara un poco de aire, os ahogariais aqui; dejad asi la puerta. Ahora vais á proponer á la condesa el cambio de cuartos y á separaros de ella en seguida: el tiempo vuela y tenemos pocos momentos: cuidado sobre todo con el menor gesto, ó la mas pequeña palabra, que encierre intencion de avisarla.... una señña ó una palabra con ese objeto, seria una prueba de su crimen, de mi deshonra, y entonces...

Juanita. (*Trémula.*) Señor conde....

Monte-alegre. Serenaos, va á venir.

Juanita. Serenarme.... mostrarla un semblante apacible, risueño.... os parece eso facil.... Pero no temais, una vez que es preciso, una vez que sin eso nada podria salvarla, buscaré un motivo para esta turbacion que en vano me esfuerzo en dominar.... No sospechará la horrible verdad, os lo prometo.... oh! pero yo....

Monte-alegre. (*Cerca de la puerta de la izquierda.*) Ya se acerca. (*Volviendo hácia donde está Juanita.*) No olvideis que estoy aqui; que lo veré y oiré todo; habeis entendido, no lo olvideis.

Juanita. (*Enjugándose las lágrimas y esforzándose en parecer serena.*) No señor.

Monte-alegre. (*Aparte.*) Dios mio! Dios mio! Haz que sea inocente. (*Entra en la biblioteca cerrando la puerta tras sí.*)

Criado. (*Dentro.*) Aqui es, señora.

Juanita. Ya viene.... qué la diré?

ESCENA VI.

JULIA. JUANITA.

Julia. Me has llamado?

Juanita. Sí, querida Julia.

Julia. Qué tienes? parece que estás indispuesta.

Juanita. (*Dirigiendo la vista hácia la biblioteca.* Sí, tengo una jaqueca terrible.... ya sabeis que suelo padecer de eso.... estoy muy incómoda.

Julia. Llamaremos á tu doncella.

Juanita. (*Deteniéndola.*) No, no es necesario.... ya se pasará, me siento un poco mejor.... Os habeis molestado por mi causa?

Julia. No; acababa en este momento la carta para mi marido.

Juanita. Qué le decís?

Julia. Le anuncio nuestra llegada aqui.... le digo la alegria que me causó poco antes de su marcha, viendo que volvia á estar conmigo tan afectuoso y complaciente como en un tiempo lo era; lo mucho que me habia hecho sufrir con su cambio repentino. Ah! perder la ternura y estimacion de un hombre tan digno de ambos sentimientos hubiera sido una desgracia superior á mis fuerzas, me hubiera costado la vida.

Juanita. Lo creo. Teneis un sentimiento íntimo de vuestros deberes, y le profesais un afecto sincero y verdadero. (*Volviéndose hácia la biblioteca.*) Ah! no sé qué daria porque él os oyese.

Julia. Leerá mi carta y espero que se alegrará. Le escribo mejor que le hablo; tiene un modo de mirar tan penetrante, que muchas veces me deja cortada, á pesar de que no tengo por qué arrepentirme.

Juanita. Oh! sí por cierto, y si él es justo, debe haceros dichosa, porque ninguna muger merece serlo tanto como vos. (*Aparte.*) Me parece que ya puedo dejarla. (*Alto.*) Ya es tarde, Julia....

Julia. Y bien?

Juanita. Quizás os estrañará lo que voy á proponeros.

Julia. Qué es?

Juanita. Que.... que os quedeis en este cuarto y me dejeis el vuestro.

Julia. Por qué?

Juanita. Conozco que es una niñeria, pero mi marido decidió en un principio que fuese asi.... y como es tan raro, sería capaz de sospechar alguna intencion torcida en la variacion de lo que él habia dispuesto.... No quisiera darle motivo para nuevas reneillas despues de lo que ha pasado.... y si esto fuese cosa que no os molestase mucho....

Julia. Molestarme, qué locura!... aqui estaré perfectamente.

Juanita. (*Dándole la mano.*) Entonces, hasta mañana.

Julia. Avísame si no te sientes mejor, lo oyes?

Juanita. Sí.... pero ahora ya estoy mas sosegada.... Creo que todo irá bien.... Hasta mañana, querida Julia.... (*Aparte.*) No sé por qué vuelven á renacer mis temores al tiempo de separarme de ella.... (*Volviendo.*) Julia, si no recuerdo mal, me habeis dicho que todas las noches rogais á Dios por vuestro marido y vuestra familia.

Julia. Si; es un deber que cumplo con el mayor gusto.

Juanita. Rogad esta noche por mi tambien, rogad á Dios que me perdone la culpa que he cometido y que aleje la desgracia de esta casa.

Julia. Qué quereis decir con eso?

Julia. (*Mirando con terror hácia la biblioteca.*) Nada.... os pido que rogueis por mi, porque las súplicas de un angel no pueden ser desoidas.... y yo necesito que interecedais por mi.... Me va en ello la vida.

Julia. Juanita, en nombre del cielo, dime qué es lo que te ha pasado? Qué temes?

Juanita. Nada, nada.... estoy loca.... mi pobre cabeza se arde. Rezad, Julia, rezad.... Adios!

Julia. No, yo no puedo dejarte asi.... (*Rumor de tempestad á lo lejos.*) iré contigo.

Juanita. (*De pronto.*) No, no, quedaos.... es preciso.... es preciso que me dejeis sola.... (*Aparte.*) Dios mio! velad por ella! (*Vase y cierra al punto la puerta.*)

ESCENA VIII.

JULIA, *sola.*

Pobre Juanita!... qué tendrá? Será verdad que la amenaza algun peligro?... pero qué peligro? no estamos todos aqui? Muy grave debe de haber sido esa falta que dice haber cometido cuando asi se entrega al desconsuelo... pero qué digo? no, es imposible, ella es incapaz de cometerla.... Pero, qué es lo que tiene entonces?... lo ignoro; su temor se me ha comunicado á pesar mio: no sé por qué estoy ahora trémula y sobrecogida.... Ah! me ahogo aqui.... respiremos el aire libre. (*Abre del todo la puerta del terrado.*) Vamos, roguemos por ella una vez que con tanto fervor lo desea. (*Arrodíllase cerca del lecho.*) Dios mio! (*Creyendo oir ruido.*) Qué es esto?... Nada.... habrá sido el crujido del viento entre las copas de los álamos.... Ese sordo murmullo que llega hasta aqui me llena de pavor. (*Relámpago.*) Ah!... Qué es lo que por mi pasa, Dios mio! (*Queriendo orar de nuevo.*) no puedo rezar.... tengo el corazon oprimido.... Esta estancia es tan triste!... Registrémosla toda y eso me tranquilizará tal vez. (*Va á abrir la puerta de entrada y examina el corredor; en seguida mira detras de las cornisas de la cama; por último, al tiempo de poner la mano en la llave de la biblioteca aparece Enrique en el terrado.*)

ESCENA IX.

JULIA. ENRIQUE.

Julia. (*Volviéndose llena de espanto.*) Quién anda ahi?... Ah! sois vos, caballero, vos aqui!... á estas horas!... luego el cambio de cuarto era un lazo que me habeis tendido.... Y Juanita ha podido consentir!... Retiraos, caballero, retiraos, ó llamo hasta que acudan á mis voces.

Enrique. En nombre del cielo, señora, una palabra,

una sola y me alejo para no volver á parecer nunca delante de vos. Creia encontrar al lado vuestro á mi prima; ella debia estar delante en este momento en que vengo á daros un adios eterno y haceros el juramento, no de olvidaros, un corazon como el mio no olvida jamas; sino de condenar mi amor á un silencio eterno; de sacrificar mi porvenir y mis ilusiones á vuestra honra y vuestro reposo. Pero antes de consumar el sacrificio, antes de abandonar por vos otra vez á mi patria y á mi madre; á mi pobre y anciana madre, á quien esta nueva pesadumbre quitará la vida tal vez; pedí una sola gracia: la dicha de volveros á ver por la última vez. No os lo ha dicho ella?

Julia. No; porque sabia que me hubiera negado á ello, y que ese era mi deber. Ella ha desconocido el suyo tolerando esta culpable tentativa, y haciéndome á mí sin saberlo, cómplice de los dos. Hé aqui sin duda la causa de su turbacion! Y es posible que me haya comprometido tan cruelmente.

Enrique. Me veia tan desgraciado!

Julia. Escuchad, Enrique; ni de mí ni de vos depende ya borrar lo pasado; pero lo que si depende de nosotros es respetar la suerte que el cielo nos ha deparado. Vos habeis podido creeros amado en algun tiempo, y lo erais. Pero yo soy en el dia la condesa de Monte-alegre; he hecho un juramento y sabré cumplirlo como muger bien nacida. Estimo y aprecio á mi marido, y me encuentro enlazada á él por algo que es mas poderoso aun que el deber, el agradecimiento. Juzgad ahora lo penosa y ofensiva que será para mí vuestra presencia en este sitio.

Enrique. Ya me retiro, señora; pero permitid que antes de hacerlo os advierta de los peligros que os amenazan.

Julia. Peligros á mí?

Enrique. Teneis un enemigo implacable.

Julia. Lo sé.

Enrique. Y el conde....

Julia. Decidirá entre los dos; es justo y nada tengo que temer de él.

Enrique. Ah! és que vos ignorais.... Es un secreto terrible que habia jurado callaros, señora; pero la idea de los riesgos que os rodearán cuando yo esté lejos de vos....

Julia. Creeis que el conde estará separado de mí mucho tiempo?

Enrique. No; pero su presencia al lado vuestro es precisamente lo que mas temo. Ese hombre es capaz de todo en un rapto de celos.... Su primera muger.... la desgraciada Leonor!... Os estremeceis, Julia?

Julia. No. Esa muger era culpable sin duda; yo no lo soy.

Enrique. Y no pudieran calumniaros, alucinarle?

Julia. Me oiria antes, y nada tendria que temer, porque es justo, os lo repito. Si no lo continuase siendo, esto no obstante, creed que hay pruebas en la vida en las que el alma mas apocada se vuelve fuerte, merced á la rectitud de su conciencia y.... no temblaria. No, le veria delante de mi airado y amenazador con semblante iracundo y el puñal en la mano y no temblaria. Soy inocente, le diria, y al pronunciar estas palabras seria tal la tranquilidad que leeria en mis ojos, tal el acento de verdad que descubriria en mi voz, que no podria menos de creerme, y que, estoy segura de ello, el acero caeria al instante de sus manos. (*Ruido en el gabinete!*) Qué ruido es ese?

Enrique. (*Señalando la puerta del terrado.*) El aire que ha agitado las hojas de esa puerta.

Julia. (*Señalando á la biblioteca.*) Me pareció que venia de ahi. (*Pausa.*)

Enrique. (*Con lentitud.*) Con que no hay remedio, Julia? Habré de separarme de vos! habré de deciros un adios eterno!

Julia. Es preciso.

Enrique. Qué diferencia entre esta marcha y la primera!... El porvenir se me presentaba entonces risueño y lleno de ventura; ahora solo alcanzo á entrever luto y desconsuelo!... Aquello era un viage.... esto habrá de ser un destierro, y un destierro sin esperanza de regreso.

Julia. Por qué?... Es por mí, por mí únicamente por lo que os alejais.... Pues bien.... cuando ya no esté aquí.

Enrique. Qué decis?

Julia. Sí, Enrique.... vuestra ausencia podrá muy bien no ser larga.

Enrique. Julia!

Julia. El pesar ha socabado mi vida; ni el valor ni la resignacion me han faltado aun: las fuerzas.... Volvereis, Enrique, volvereis muy presto, así lo espero.

Enrique. Dios mio!

Julia. Entonces habré cesado de sufrir.... habré recibido ya el premio de mis sufrimientos, y mi alma gozará por fin de la paz y ventura que no me estaba reservado gozar aquí.

Enrique. Julia!... oh! no conoceis que entonces me ha de ser imposible partir.

Julia. Es preciso sin embargo. Sí, alejaos, amigo mio, alejaos digno de vos y de mi.... partid y dejad que tambien quede digna de mí misma.... Adios!

Enrique. Julia!... para siempre?

Julia. Para siempre! (*Aléjase Enrique. Julia continúa inmóvil en el mismo sitio. Ruido de caida en la biblioteca. La puerta se mueve de resultas de aquella.*)

Enrique. (*Deteniéndose.*) Qué oigo?

Julia. Otra vez.... Oh! esta vez no me engaño.... ha sido ahí.... Vedlo, vedlo.... tengo miedo.

Enrique. (*Abriendo el gabinete.*) Justo cielo! Un hombre nadando en su sangre!

Julia. Dios mio, quién es?

Enrique. (*Queriendo detenerla.*) No os acerqueis, Julia, no os acerqueis.

Julia. (*Entra en el gabinete y vuelve á salir al punto dando un grito desgarrador.*) Dejadme.... dejadme.... Ah!... el conde!... infeliz de mí!... Socorro! (*Corre de una campanilla á otra y tira de ellas con fuerza.*) Socorro!... Aquí!... Tomad agua... ah! este frasquillo... (*Llama otra vez.*) Estancad la sangre.... ah! un lienzo!... (*Desgárrase las mangas del vestido y se las da á Enrique.*) Oh, Dios mio!

que viva!... Salvadle, Dios mio, salvadle!... Y bien?... (*Seña de Enrique.*) Muerto! muerto! (*Cae desfallecida cerca de la puerta. Enrique corre á ella y la coloca en un sillon. Abrese á este tiempo con estrépito la puerta del foro, y sale Juanita corriendo. Vallier viene despues. Fernando aparece el último seguido de criados con luces. Saldrá pálido y con el brazo vendado.*)

ESCENA X.

FERNANDO. VALLIER. JUANITA. JULIA. ENRIQUE. CRIADOS.

Juanita. (*Al salir.*) Julia! qué ha sucedido, gran Dios! (*Enrique señala á la biblioteca. Juanita corre á socorrer á Julia. Fernando se precipita en la biblioteca.*)

Fernando. (*Dentro.*) Mi tio!... (*Volviendo á salir.*) Mi tio asesinado!

Juanita. (*Corriendo tambien.*) Qué es lo que dice?

Fernando. (*Señalando á Enrique.*) Hé aqui el asesino!

Enrique. Infame!... con tu vida pagarás esa afrenta.

Fernando. (*A los criados.*) Apoderaos de ese hombre.

Juanita. (*Saliendo de la biblioteca con un libro de memorias en la mano.*) Deteneos.... deteneos os digo.... Ved primero estas hojas.... este libro de memorias en el cual hay varios renglones escritos con lapiz; escuchad, escuchad todos, y vos sobre todo Fernando: (*Julia, vuelta en sí, habrá ido á la puerta del gabinete. Juanita lee con voz balbuciente.*) «Uno de los dos estaba demas en el mundo para la felicidad del otro.... Julia es pura.... Fernando, lo ois?... pura como los angeles.... por lo tanto yo solo debo morir.... La dejo todos mis bienes... Adios, tributad una lágrima á mi memoria.» (*Julia se deja caer el rostro contra el suelo dando un grito desconsolado.*)

Enrique. (*Corriendo á ella.*) Julia!

Juanita. (*A Fernando.*) Obra vuestra es todo; gozaos en ella, pero no heredareis. (*Fernando se aleja con ademan amenazador.*)

FIN.

Se halla en Madrid en las librerías de Escamilla, *calle de Carretas; en la de* Cuesta, *frente á las Covachuelas, y en las provincias en las siguientes:*

Habana.....	*Alegría.*
Cádiz.....	*Hortal y compañía.*
Barcelona.....	*Piferrer.*
Valladolid.....	*Rodríguez*
Zaragoza.....	*Yagüe.*
Granada.....	*Sanz.*
Valencia.....	*Mallen.*
Coruña.....	*Perez.*
Burgos.....	*Arnaiz.*
Vitoria.....	*Hormilugue.*
Santander.....	*Martinez.*
Santiago.....	*Rey Romero.*
Sevilla.....	*Caro Cartaya.*
Oviedo.....	*Longoria.*
Salamanca.....	*Moran.*
Málaga.....	*Viuda de Aguilar*
Murcia.....	*Benedicto.*
Pamplona.....	*Suarez.*
Córdoba.....	*Berard.*
Badajoz.....	*Viuda de Carrillo y sobrinos.*
Alcoy.....	*Cabrera.*
Jerez.....	*Bueno.*
Palencia.....	*Pastor.*